

Deodoro



**GACETA
DE CRÍTICA
Y CULTURA**

Universidad Nacional de Córdoba
Argentina | Junio de 2014
Año 4 | n° 43 | \$10.- | ISSN: 1853-2349

FUERZAS ARMADAS Y DEMOCRACIA: PASADO Y PRESENTE » Opinan:
Enrique Lacolla, Carlos de la Vega, Horacio Ballester, Gonzalo Pedano
y Celina López Seco » Además: entrevistas a Sandra Russo y Eduardo Rinesi,
una crónica mano a mano con el Conde Pascual y un informe sobre Michel
Foucault.



UNC

Universidad
Nacional
de Córdoba

Deodoro



UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA

Rector: Dr. Francisco Tamarit
Vicerrectora: Dra. Silvia Barei
Secretario General: Dr. Alberto León
Director Editorial UNC: Mgter. Carlos Longhini
Subsecretario de Cultura: Lic. Franco Rizzi
Prosecretaria de Comunicación Institucional:
Lic. María Cargnelutti

Director: Mariano Barbieri
Secretario de redacción: Guillermo Vazquez
Consejo Editorial: Matías Lapezzata, María José Villalba, Natalia Arriola, Agustín Berti, Agustín Massanet, Gonzalo Puig
Corrección: Raúl Allende
Administración: Matías Lapezzata

Diseño: Prosecretaría de Comunicación Institucional, UNC

Ayudantes alumnos: Virginia Sanguinetti, Martín Aguaisol

Revista mensual editada por la Editorial de la UNC
ISSN: 1853-2349

Editorial de la UNC. Pabellón Argentina
Haya de la Torre s/n, Ciudad Universitaria,
(351) 4629526 | Córdoba | CP X5000GYA
deodoro@editorial.unc.edu.ar
info@editorial.unc.edu.ar

DEODORO, GACETA DE CRÍTICA Y CULTURA no se hace responsable de las opiniones y artículos aquí publicados. Los textos son responsabilidad de quien los firma.

Impreso en Comercio y Justicia Editores



UNC

Universidad
Nacional
de Córdoba



SEU

Secretaría
de Extensión
Universitaria



EDITORIAL



PCI

Prosecretaría
de Comunicación
Institucional

3 | Apertura
Aristas. Guillermo Vazquez

4 | Fuerzas Armadas y democracia: pasado y presente | Dossier
Sobre tabúes y Fuerzas Armadas | E. Lacolla

5 | Tecnología y defensa en Argentina, hoy
Carlos de la Vega

6 | Avatares de la doctrina de Seguridad Nacional |
Entrevista a Horacio Ballester
P. Bernengo, G. Di Rienzo y S. Vázquez

8 | De junio a septiembre: Córdoba y el golpe de
Estado de 1955
Gonzalo Pedano

9 | El enemigo en fuera de campo
Celina López Seco

10 | Radiografía de la militancia | Entrevista con
Sandra Russo
Emanuel Rodríguez

12 | Pascual: el Hombre detrás del Conde
Consuelo Cabral

14 | Acechar la memoria de un impaciente
Julia Monge

16 | ¡Néstor (Perlongher) vive!
Eduardo Mattio

18 | La otra Leo
María Soledad Ceballos

19 | "Las tensiones que nos atraviesan son la sabia
vital de la política"
Mariano Pacheco

20 | Siempre con el otro
Romina Gauna Di Mauro

21 | Hijos del desarraigo
María Belén Pistone

22 | Salir a con mover
Santiago González Cragnolin



Aristas

Guillermo Vazquez

Casi siempre que decimos “esto tiene muchas aristas” –frase que hemos escuchado hasta el hartazgo, por ejemplo, sobre los hechos del 3 y 4 de diciembre pasado en Córdoba–, como sinónimo de otro eufemismo: “esto es muy complejo”, queremos evadir una toma de posición. Del otro lado, y con sus razones diversas, la velocidad de las cuestiones nos interpela violentamente. Por las redes sociales, en reuniones con amigos, en los asuntos diarios del trabajo, en los medios, en la política (universitaria, provincial, nacional, lo que fuera). Cuántas evasivas de ese tipo encontramos en los consejos de los publicistas políticos a sus candidatos sobre temas como el aborto, el estado paupérrimo de la vida en las cárceles, la reforma policial, o lo que convoca al dossier: el rol de las Fuerzas Armadas. Símbolo primero de la corrección política.

Sin embargo, tomar el riesgo y avanzar, intensamente, en las aristas –no usarlas como evasiva– puede devolver, incluso, mayor provocación, mayor incorrección política que las frases altisonantes, vengan del lado que vengan. Porque las frases provocadoras (“con Milani no hay derechos humanos”) son también parte de la evasiva. La discusión en marcha sobre un necesario nuevo Código Penal ha sido, entre otras, la prueba de ese uso rimbombante y cínico, también sostenido por publicistas, políticos y twitteros.

La “cuestión Milani” –i.e. que el jefe del Ejército propuesto por este particular gobierno

esté imputado por delitos de lesa humanidad durante la última dictadura cívico-militar– tiene muchas aristas. *Aristas* bien figurativamente: unión entre planos, pero también que dificultan la comunicación entre los mismos. A pesar de ser uno de los temas más difíciles de nuestra coyuntura, es menester hacer la apuesta que mencionábamos más arriba, sin negar nunca la gravedad del hecho, y reconocer que hay actores de innegable legitimidad en el asunto con posiciones contrapuestas. Aunque haya también otros actores sociales a su vez muy presentes, permanentemente, en la actualidad de estas discusiones: por ejemplo, los informes de medios y periodistas que hasta ayer pedían “basta de los setenta”, hablaban de listas negras o –ya en extremo cinismo– alegaban “libertad de expresión” para no ser investigados e imputados por delitos de lesa humanidad, en la cíclopea tarea iniciada y aún lejos de concluir en torno al genocidio argentino: la de la complicidad civil, fundamentalmente de las corporaciones económicas y de medios.

Pero esta voluntad diversa –insistimos: contrapuesta, tantas veces– de actores, al interior del Estado argentino y en sus contornos más legitimadores (movimientos sociales y obreros, organismos de derechos humanos, artistas e intelectuales, etc.), no muestra un retroceso ni una concesión a nadie, sino más bien una *fragilidad*, que es necesaria, que hay que reivindicar –Eduardo Rinesi nos dice algo de eso en la entrevista de este número. Esa discusión, por dramática que sea, habla de

que se generó un espacio donde eso puede ser considerado y produzca efectos políticos reales, puede ser dicho y tomado como referencia en –y precisamente por– la propia historia de un entramado social. Pasó con los contratos petroleros de Perón en el 55, y la oposición que tuvo de muchos de sus legisladores. O la reprobación –y decepción– de la gran cantidad de activistas y legisladores del Frente Amplio uruguayo cuando Tabaré Vázquez vetó el derecho al aborto. También con Chávez y el freno al referéndum constitucional de 2007. Más que traicionar, o retroceder, estos procesos mostraron la vitalidad de lo que supieron instalar; la “institucionalidad” –más allá de las instituciones formales– que produjeron, marca un “sentido común”, un lenguaje, un modo de argumentación renovado que es su principal mérito, y al que hay que prestarle atención, aunque se oponga a sus posteriores decisiones. Estas contradicciones al interior mismo de las instituciones y la ciudadanía, demuestran el ensanchamiento de la democracia que vivimos. Porque no tenemos que mentirnos, y hacer del padre en *La vida es bella*: no se puede sentir solamente el vitalismo democrático siempre como “primaveral” –así, las “primaveras” del 73 y 83–, ejercicio que puede hacerse quizás retrospectivamente. Y no ahora mismo, al terminar esta apertura, leer el dossier, volver a los medios, al barrio, al trabajo, a las amistades o a la soledad de alguna pieza. Al –como decía Deodoro Roca, citando a Ingenieros– *difícil tiempo nuevo*, que nos ha acostumbrado a la pasión de discutirlo todo. ●

FUERZAS ARMADAS Y DEMOCRACIA: PASADO Y PRESENTE

En apariencia inconexas, o disociadas, muchas discusiones en torno al rol de las Fuerzas Armadas en democracia comienzan a debatirse nuevamente. La reaparición de algunas voces alzadas a favor de retomar el servicio militar obligatorio, la designación del nuevo jefe del Ejército y la militarización de asuntos de seguridad pública pusieron al tema en agenda con una velocidad sorprendente. Trabajamos entonces en este dossier algunas cuestiones históricas y coyunturales para intentar reconstruir el camino que nos trajo hasta aquí y las eventuales consecuencias que este vínculo entre democracia y ejército pueden suponer.

Sobre tabúes y Fuerzas Armadas

Enrique Lacolla*

4

DOSSIER

Después de un largo eclipse y en el marco de un mundo cada vez más inquieto, el tema militar vuelve por sus fueros.

Después de la dictadura todo debate serio sobre las Fuerzas Armadas se tornó en tabú. Las atrocidades cometidas durante el Proceso permitieron transformarlas en el chivo expiatorio de los males de una sociedad que no fue del todo inocente de esos crímenes y que prefirió transferir las culpas a los ejecutores de una política previamente determinada en las sedes del *establishment* y de la estructura internacional del poder.

Este lavado de manos se debió en buena medida al problema identitario que arrastramos como consecuencia de nuestra formación dependiente y del desarrollo torturado que ha tenido nuestra nación desde sus orígenes. Este marco ha ayudado a conformar un tipo de pensamiento que rehúye la realidad y tiende a resolver todo en blanco y negro.

Las Fuerzas Armadas son un resultante de nuestro pasado y no una creación intelectual, y por lo tanto participan de los rasgos que nos caracterizan. Como el país, han solido estar divididas dentro de sí mismas, tal y como lo ha estado el resto de la sociedad, desde la independencia hasta nuestros días. Es decir, entre una concepción soberanista de nuestra existencia y otra que sólo se la representa como prolongación apéndice de un poder externo. Esto es, como cliente de las potencias hegemónicas.

El carácter reaccionario y ferozmente represivo que las Fuerzas Armadas ostentaron durante los años del Proceso, por ejemplo, fue parte de una regresión argentina que tuvo su punto de inflexión en el golpe cívico-militar de 1955, y que remató en el genocidio social cometido por el neoliberalismo en la década de los 90. En las FF. AA. esa faceta brutal fue incentivada por la tutela militar norteamericana a través de la Escuela de las Américas y por una

sumisión ideológica al esquema maniqueo de la guerra fría. Y fue asimismo exasperada por el accionar insensato de una guerrilla encandilada por el ejemplo de la revolución cubana y alienada de la comprensión de la compleja realidad social de nuestro país. Que estaba –y está– necesitada de un cambio en profundidad de sus estructuras, pero que no podía ni puede valerle para lograrlo de un aventurerismo abonado por la ingenuidad y la soberbia.

Como se ha solido decir, las Fuerzas Armadas fueron parte importantísima en la fundación de la nación. Pero no en el sentido que gustaban atribuirles Martínez de Hoz o Videla, que las interpretaban como sostenedores de un mítico país en el cual la civilización se había impuesto a la barbarie para fundar una república aposentada en la paz de una casta rumiante, que masticaba los beneficios derivados de la explotación de la pampa ubérrima y de la inserción de sus productos en el mercado mundial. No, la importancia de las Fuerzas Armadas argentinas resulta del hecho de haber sido protagonistas contradictorias de una evolución histórica marcada por la ausencia de una clase dirigente digna de este título. Pues nuestra oligarquía, como señalara Jorge Abelardo Ramos, fue capitalista, pero no burguesa. El hueco que dejaba la inexistencia de una clase dirigente provista de interés por el desarrollo del mercado interno –y que con frecuencia apuntó a destruirlo con políticas que fueron de la liquidación militar de las resistencias interiores en el siglo XIX por el mitrismo, hasta la demolición del aparato industrial gestado durante el primer peronismo– hizo que las Fuerzas Armadas se convirtieran a veces en las representantes vicarias de un espíritu burgués ausente en la oligarquía. Esto determinó que en ocasiones trocaran su papel como ejecutoras de las políticas del grupo oligárquico para transformarse en exponentes de un espíritu contrario a él. Su

composición social mayoritariamente pequeño burguesa, sus antecedentes en la lucha por la independencia y las guerras civiles, y su contacto directo, a través del servicio militar y del acantonamiento de las unidades en todo el país, con las masas de la Argentina profunda, fueron los componentes de esta contradicción dialéctica. Ni Mosconi, ni Savio, ni Perón, ni el Roca que incorporó a la Patagonia y federalizó a Buenos Aires hubieran sido posibles sin esta dinámica.

Ahora, en un escenario tenso por las reformas del kirchnerismo, rechazadas por el *establishment* a pesar de su moderada envergadura, se está volviendo a hablar del tema de las Fuerzas Armadas. Pero se lo hace, me temo, desde perspectivas coyunturales y que no terminan de ir al fondo de la cuestión; esto es, cuál es el proyecto estratégico de acuerdo al cual deberían conformarse. La manera de plantear el tema del retorno del servicio militar obligatorio es distintiva de esta distorsión: no podría encontrarse mayor disparate que el servicio militar selectivo propuesto por el senador Mario Ishii y del cual serían susceptibles sólo los jóvenes que no estudian ni trabajan, “para alejarlos de la droga y el delito”. Esta especie de regreso a las levas forzadas y al sistema que se aplicó en la guerra civil norteamericana o en las guerras del imperio napoleónico, cuando el hijo de una familia rica podía comprarse un reemplazo pobre que iría a hacerse matar en lugar de él, es de una imbecilidad suma. Como dijo el general Balza, “el ejército no es un reformatorio”. El servicio militar sólo cobra sentido si se lo encuadra en una política claramente orientada a una hipótesis estratégica. Y en este caso, dicha hipótesis, que emerge de una mirada al mapa, debería pasar por una existencia de unas fuerzas voluntarias altamente profesionalizadas y pobladas con jóvenes con vocación militar, con el eventual complemento de un reclutamiento, limitado a unos pocos meses de instrucción intensiva, de otros jóvenes en edad militar. Todo inserto en una doctrina histórica que interprete nuestro valor como sociedad democrática, educada y socialmente justa, adscripta a un bloque regional que tiene que jugar su propio papel en el mundo.

Ahora bien, esa doctrina involucra, mal que le pese a cierto progresismo, una hipótesis de conflicto. Tenemos un contencioso abierto en el mar Argentino, con la ocupación británica de las Malvinas y la existencia allí de una poderosa base militar (cuyos efectivos sobrepasan a la mitad de la población que dicen custodiar), que irradia su influencia sobre los recursos de la plataforma submarina y controla el acceso a la Antártida. No vivimos en un planeta tranquilo sino en uno donde se dirime un conflicto entre un proyecto unipolar y hegemónico y otro multipolar. La tensión que se origina en él alcanza a América Latina y nos pone en la necesidad de prepararnos para sus posibles desarrollos, derivados de las ambiciones que los países dominantes nutren respecto a nuestras reservas de recursos hídricos, agrícolas y mineros. Ello supone la necesidad de asociarnos con los países de nuestro *hinterland*, a los que estamos asociados por la historia, el interés y la cultura.

Afrontar estos requerimientos exige disponer de unas Fuerzas Armadas eficientes. En todos los rubros, pero en especial en el naval y el aeronáutico. Argentina dedica una porción mínima de su PBI al gasto militar, muy inferior al de los otros países de América Latina, si atendemos a la extensión de nuestro territorio. El equipamiento de las FF. AA. está obsoleto y tiene que ser renovado. Hacerlo, en el entendimiento de que esas fuerzas se insertarán en una concepción democrática y latinoamericana, es un requisito para la supervivencia. Pues sólo los países capaces de asumir su propia defensa pueden calificarse de soberanos. ●

*Periodista

Tecnología y defensa en Argentina, hoy

Carlos de la Vega*

No es fácil hablar de defensa en un país como Argentina donde su identificación con las Fuerzas Armadas y la trágica historia protagonizada por estas, se encuentra aún latente. La encomiable lucha por la memoria, la verdad y la justicia, que constituye un legado para toda la humanidad, tuvo como contrapartida la consolidación de una visión de la defensa que podríamos denominar *restrictiva*. Todo lo que tuviera que ver con las instituciones castrenses y sus capacidades debía restringirse ya que de otra forma se corría el riesgo de que volvieran a amenazar a la democracia. Paradójicamente, esta actitud obvió la generación de una clara política de conducción civil de la defensa y las Fuerzas Armadas permitiendo la continuación del autogobierno castrense, aunque en un contexto de recursos escasos.

Un nuevo comienzo

La llegada del kirchnerismo al gobierno trajo una significativa renovación en la situación descripta. Más allá de la loable política de derechos humanos, Kirchner asumió como una tarea propia la conducción política y civil de la defensa tal como las normas y la más básica institucionalidad prescriben. Esto último permitió pasar de una política restrictiva hacia otra propositiva, en donde el poder político liderara la concepción y el diseño del sistema de defensa y de las Fuerzas Armadas, y controlara su implementación. La designación de Nilda Garré como ministra de Defensa en diciembre de 2005 fue el hito de lanzamiento de esta nueva etapa.

Durante los años que siguieron las transformaciones introducidas en el ámbito de la defensa fueron muchas y variadas. Entre ellas se encontró la revalorización de la política de investigación, desarrollo y producción para el sector. Esta cuestión específica no suele abordarse con mucha frecuencia, y cuando se lo hace, habitualmente no pasa de algunos lugares comunes o de referencias históricas no muy reflexionadas. Lo cierto es que este es un campo ineludible en términos del ejercicio efectivo de la soberanía política y de enorme potencialidad para el desarrollo general del país.

Durante la gestión de Garré al frente de Defensa se creó, en 2007, la Subsecretaría de Innovación Científica y Tecnológica (el nombre luego tuvo algunas modificaciones) con la cual se pretendió materializar el gobierno político y civil de la defensa también en las cuestiones de investigación y desarrollo (I+D), ámbito que tradicionalmente había sido manejado por las Fuerzas Armadas con grandes carencias de idoneidad técnica, elevada discrecionalidad y escasos resultados relevantes en las décadas previas.

La creación de la subsecretaría mencionada fue parte de una estrategia que involucró también a otras áreas del Estado y que tuvo cuatro líneas de acción convergentes: la adaptación institucional

del sector defensa para facilitar las actividades de I+D bajo conducción civil, la recuperación de empresas claves para la producción del sector, la puesta en marcha de proyectos tecnológicos estratégicos, y la formación de recursos humanos idóneos para estas tareas.

Cuatro bases para cimentar lo nuevo

Las reformas institucionales del sector defensa en el área de ciencia, tecnología y producción (CTP), no sólo pasaron por la creación de la subsecretaría, sino que implicaron, asimismo, una serie de otros cambios como el traspaso, desde las Fuerzas Armadas a la órbita del ministerio, del Centro de Investigaciones Científicas y Técnicas para la Defensa, el Servicio Meteorológico Nacional, el Instituto Geográfico Militar y el Servicio de Hidrografía Naval.

» En un mundo donde la fuerza sigue prevaleciendo en múltiples ocasiones sobre la razón o el derecho, la previsión continúa siendo una virtud.

A su vez, la reestatización del astillero TANDANOR en 2007, junto a la recuperación del astillero "Almirante Storni" (antiguo "Domecq García"), fusionándolos para dar origen al Complejo Industrial Naval Argentino (CINAR), y el retorno en 2009 de FAdA (Fábrica Argentina de Aviones "Brig. San Martín") a la órbita de la gestión pública, fueron dos pilares fundamentales para recuperar capacidades productivas específicas para la defensa.

Por otro lado, la necesidad de vigilar y controlar el espacio aéreo nacional dio origen al desarrollo estratégico de radares que tendría a la empresa estatal rionegrina INVAP como protagonista sobresaliente. Inicialmente el gobierno nacional le encargó a esta empresa el desarrollo y producción de radares secundarios monopulso para el control del tráfico aerocomercial; y posteriormente, el de radares primarios tridimensionales banda L, de empleo típicamente militar. De los radares secundarios ya hay 18 instalados en diferentes aeropuertos del país de un total de 22 pedidos. En cuanto a los radares primarios, se acordó una serie de 6 que ya están en proceso de fabricación, instalación y homologación. Ellos se suman al prototipo original y a una versión de alcance más reducido que presta servicios desde julio de 2011 en Santiago del Estero en el marco del operativo *Fortín II*. Sólo se puede tener una cabal magnitud de este logro cuando se toma conciencia de que no mucho más de una docena de países en el mundo tienen capacidad tecnológica para desarrollar y producir por sí mismos radares militares.

La formación de recursos humanos idóneos es la piedra angular de cualquier sistema de CTP, sea o

no para la defensa. En este sentido, el Ministerio de Defensa reactivó el Régimen del Personal de Investigación y Desarrollo de las Fuerzas Armadas (RPIDFA), un sistema de carrera para científicos y tecnólogos dedicados a cuestiones de defensa creado en 1973, paralelo al que posee el Conicet, y que, a pesar de su nombre histórico, nuclea a profesionales mayoritariamente civiles. El RPIDFA tenía cerrado el ingreso a nuevos miembros desde la década de 1990. También se crearon otras herramientas como el Programa de Investigación y Desarrollo para la Defensa (PIDDEF), un sistema de subsidios para proyectos específicos de I+D del sector, complementado luego por el Programa de Becas de Investigación y Desarrollo para la Defensa (PBDEF) que buscaba asociar becarios a los proyectos PIDDEF a fin de formar una nueva generación de especialistas en cuestiones tecnológicas de la defensa.

Lo conseguido y el futuro

El derrotero y los resultados de las cuatro líneas de trabajo mencionadas fueron dispares. En algunos campos, como el de los radares, se obtuvieron éxitos resonantes; en otros, la inercia institucional y la falta de perseverancia debilitaron el ímpetu inicial. No obstante, lo hecho sienta una base fundamental para avanzar en la mejora de la calidad y diversidad del sistema de CTP para la defensa. No se trata de volver a plantear la autarquía tecnológica o productiva como se hizo en los albores del proceso de industrialización, ya que la complejidad actual de los sistemas tecnológicos avanzados conlleva ciertos niveles de especialización internacional ineludibles, pero ello no impide dotarse de algunos recursos estratégicos que permitan una adecuada protección de los intereses nacionales.

Bregar por el desarrollo de razonables capacidades defensivas no debe ser percibido como un abandono de la vocación pacifista de Argentina. La Directiva de Política de Defensa Nacional (Decreto n.º 1.714/09) es categórica cuando señala que el modelo de defensa del país es de carácter *defensivo, autónomo y cooperativo*. La defensa nacional es, simplemente, otra responsabilidad esencial del Estado en su tarea de asegurar la preservación de la sociedad a la que pertenece.

En definitiva de lo que se trata es de asumir una actitud madura y responsable frente a los asuntos públicos, siendo siempre un factor de promoción de la cooperación entre los pueblos, pero sin perder de vista que, en un mundo donde la fuerza sigue prevaleciendo en múltiples ocasiones sobre la razón o el derecho, la previsión continúa siendo una virtud a cultivar en todos los órdenes de la vida social. ●

*Abogado y filósofo. Ex Coordinador de Articulación y Relaciones Institucionales de la Subsecretaría de Investigación Científica y Desarrollo Tecnológico del Ministerio de Defensa.

Avatares de la doctrina de Seguridad Nacional

Entrevista a Horacio Ballester

Paula Bernengo*, Gloria Di Rienzo** y Susana Vazquez***

El Cnel. (R) Horacio Ballester, es el actual presidente del CEMIDA (Centro de Militares para la Democracia Argentina). Transcribimos discretamente algunos fragmentos de esta extensa e imperdible entrevista, que forma parte de un proyecto audiovisual en desarrollo sobre un conjunto de militares democráticos que vivieron las vicisitudes de un Ejército promotor constante de golpes de Estado durante el siglo XX en Argentina.

Horacio Ballester es egresado del Arma de Infantería. Ingresó al Ejército en el año 1943. Con el grado de subteniente, estuvo a cargo del Regimiento 24 de Infantería de Río Gallegos. Casi 30 años después, ya siendo coronel, fue encarcelado y dado de baja por sublevarse contra la dictadura de Lanusse, quien le ordenó a la Policía Federal que lo secuestrara en Ezeiza, mientras esperaba tomar un avión hacia Madrid para encontrarse con el Gral. Perón en Puerta de Hierro, razón por la cual estuvo en condición de desaparecido por unas horas. En 1984 formó el Centro de Militares para la Democracia Argentina (CEMIDA) junto a un grupo de militares retirados hastiados de golpes de Estado y de la intervención de las FF. AA. en el devenir político del país. A los 10 días de su creación, durante el gobierno constitucional del Dr. Raúl Alfonsín, su sede fue destruida por el efecto de un atentado con explosivos, acontecimiento que paradójicamente significó la presentación pública e internacional del CEMIDA. El mismo fue denunciado por medios internacionales como *Le Monde* de París y *Der Spiegel* de Alemania occidental, entre otros. El CEMIDA se orienta fundamentalmente al fortalecimiento de la institucionalización de la República, con la certeza de que la democracia constituye el único medio para lograr la profundización de la liberación nacional y latinoamericana.

–Empezando por la insurrección de Menéndez contra Perón, nos interesa que nos cuentes cómo la viviste, teniendo en cuenta que estabas en el Colegio Militar de la Nación por aquel entonces...

Ballester: –Con respecto a la participación de los militares en los golpes de Estado –aunque yo siempre digo que están equivocados al hablar de un golpe de Estado militar, es en realidad un golpe de Estado cívico-militar, porque los militares tienen un papel secundario... hacemos la revolución, pero en la realidad, somos los mascarones de proa de barcos que manejan otros... prueba evidente es que cuando sube un gobierno militar, los uniformados únicamente ocupan los cargos represivos (...) en el Ministerio de Economía, en Relaciones Exteriores, donde se resuelve el futuro del país y la hipoteca por generaciones... ahí los militares ni lo pisan, ahí van civiles, y una determinada tendencia socioeconómica (...) Bueno, yo ya siendo cadete de primer año viví mi primer golpe de Estado el 4 de junio de 1943 contra el presidente Castillo. En esa época tenía 15 años y el cargo militar más bajo que puede haber, Centinela (...) La revolución del 43 provocó después como hecho no deseado la asunción del coronel Perón al poder (...) Perón, desde la Secretaría de Trabajo y Previsión, desde la Vicepresidencia de la nación y Ministro de Guerra (tenía los tres cargos) hizo realmente una revolución social. Les dio a los obreros el aguinaldo, la estabilidad en el trabajo... En realidad eran leyes que existían ya en Argentina propuestas por los socialistas, fundamentalmente por Alfredo Palacios, uno de los baluartes en la implementación de esas leyes, pero lo que pasa es que nunca habían sido materializadas, nunca se habían puesto en marcha (...) encima, por si eso fuera poco, se puso de novio y se casó con una actriz, en aquella época (...) se pensaba que eran prostitutas o poco menos, y bueno, de hecho se casa con una de ellas, Eva Perón, que asume realmente un papel protagónico muy importante... Eso provocó la reacción de las clases dirigentes y también, no muchos años después, de la Iglesia católica (...) Así que en 1951 se arma el golpe de Estado contra Perón. Ese golpe fracasó y a partir de ese momento cambia prácticamente el peronismo, porque ya Perón trata de darle un tinte claramente peronista a sus ideas, a su ideología...

y así se va armando toda la contra grande que se materializa con la revolución de septiembre del 55 y que tiene como actos previos el bombardeo a la plaza de Mayo, en junio de ese año. (...) Cuando se produce el bombardeo a plaza de Mayo, yo estaba en tercer año de la Escuela Superior de Guerra (...) Al día siguiente en la Escuela de Guerra yo era un basilisco, a los gritos les decía “asesinos, degenerados, cómo pueden haber matado a los propios compatriotas, qué falta de respeto, incluso por los compatriotas”... Por supuesto que todo eso me lo anotaron, y cuando triunfó la Revolución Libertadora, me mandaron a la Junta de Calificación a ver qué hacían conmigo, si me pasaban a retiro, si me daban de baja, si me fusilaban (...) en definitiva me consideraron un joven “irrecuperable” (...) decidieron mandarme a la montaña, a Uspallata, para que tuviera tiempo de reflexionar qué poco valía la pena defender a un gobierno constitucional (...)

–Sobre la sublevación de Valle... ¿dónde estabas vos?, ¿de qué te enteraste?

Ballester: –Yo estaba como Oficial del Estado Mayor en Uspallata (...) cuando se produjo la revolución, que nos pareció sorpresiva a nosotros, estaba así como tirada de la mano de Dios, imagínese... quién se iba a ocupar de la gente que estaba allá en la lejana montaña... así que nos enteramos por los diarios (...)

–Me llama la atención las pocas consecuencias que tenían en general, en comparación a un fusilamiento, los permanentes planteos militares que había hacia un gobierno constitucional, donde victoriosos, vencedores y vencidos, poco menos que eran bastante leve lo que se imponía, porque con Valle esa cosa tan fuerte...

Ballester: –El fusilamiento de Valle fue realmente incomprensible... indudablemente la autodenominada Revolución Libertadora quiso asentar un precedente de terror... quizás sin darse cuenta hayan sido los precursores de lo que después fue el Proceso de Reorganización Nacional, porque siempre



en los enfrentamientos el triunfador hacía una selección lo más precisa posible de los cabecillas del otro grupo, el del perdedor, y trataban de que pagaran las consecuencias con la menor cantidad posible de gente (...) pero nunca se había llegado en el siglo XX al extremo de los fusilamientos... yo creo que esa fue la causa principal... querían imponer un terror que nadie se le ocurriera sublevarse a favor del peronismo... y poco a poco se fue entrando en lo que fue la doctrina de seguridad nacional y la represión realmente total e inhumana en el autodenominado Proceso de Reorganización Nacional (...) así que hubo unas sangrías tremendas dentro del Ejército, el cual fue comandado durante mucho tiempo por gente que estuvo durante años fuera (...) Se formaron dos grupos, uno que se hizo llamar "institucionalista", que queríamos defender la institución, y que los ascensos y todas las cosas se fueran produciendo de acuerdo a la capacidad y la experiencia de cada uno... Y otro grupo que quería profundizar la revolución, quería seguir influyendo sobre el país, decían que todos los desastres que se habían producido eran porque no se había profundizado la revolución (...) Todo lo que cuento de la intervención de las FF. AA. en el poder civil, es también una consecuencia de lo que después se dio en llamar Doctrina de Seguridad Nacional. Esta doctrina (...) es el resultado de una serie de tratados internacionales, acuerdos, que se fueron llevando a través del tiempo, y que tienen su origen en la Conferencia de Yalta, en 1945, ya a finales de la Segunda Guerra Mundial (...) La DSN también tiene un pequeño avance sobre eso en el tiempo... ya en enero de 1942 se reúnen los cancilleres en Río de Janeiro, se había producido el ataque japonés a Pearl Harbor en 1941... y ahí, en Río de Janeiro deciden crear una Junta Militar con marinos y militares a fin de estudiar la defensa del continente. Ese es el origen de la actual Junta Interamericana de Defensa, que incluso en esos días de noviembre de 2012 aparece a cada rato en los diarios... Esa Junta se mueve por recomendaciones a sus miembros, que en realidad son órdenes, donde

nos dicen cuál es la doctrina militar que tenemos que adoptar, cuál es el armamento militar que tenemos que tener, cuál es la organización militar, quién es el enemigo (...) En 1947, ya terminada la Segunda Guerra Mundial, se reúnen otra vez los cancilleres en Río y resuelven firmar el TIAR (Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca). Ese Tratado establece que el ataque de una nación extracontinental contra una continental debe ser considerado un ataque contra todas las naciones... la única vez que EE. UU. tuvo que aplicar el TIAR les falló el horóscopo porque pusieron un artículo que decía que las decisiones de la mayoría eran obligatorias... EE. UU. habrá pensado que por ahí algún intervencionismo de esos clásicos iba a tener la oposición de alguna república bananera, entonces tuvo esa precaución (...) lo que no imaginó nunca es que la única vez que se aplicó ese artículo hubo nada más que tres naciones que se opusieron, EE. UU., Chile y Colombia, que negaron el apoyo a Argentina en la lucha del Atlántico Sur. EE. UU. no solo no cumplió la decisión de la mayoría, sino que además en la guerra del Atlántico Sur apoyó a Gran Bretaña en todas sus formas, desde espionaje, apoyo diplomático, provisión de armamento cuando la situación se le puso difícil (...) En 1948 se reúnen en Bogotá los cancilleres y cambian los Estatutos de la vieja Unión Panamericana que había sido creada en el siglo XIX para adaptarlos a los Estatutos de las Naciones Unidas (...) Esa reunión se hace en Bogotá en 1948, ahí es asesinado el líder populista Jorge Eliécer Gaitán, y se produce el llamado *Bogotazo*, toman el centro de Bogotá, y allí surge el término "Bogotazo", que después acá se utiliza el Cordobazo, Rosariazo, Viborazo, etc. (...) A fines de los 50 y principios de los 60, es Argentina la que hace una gran contribución a la Doctrina de Seguridad Nacional (...) contratan una misión militar francesa que nos viene a enseñar la guerra contrarrevolucionaria o antisubversiva, que son los reglamentos que habían escrito los franceses para llevar a cabo en sus guerras coloniales de Indochina y de Argelia (...) El

comandante del Ejército Sur, que por aquel entonces estaba en la zona del Canal de Panamá invita a los comandantes en jefe de todas las fuerzas del ejército a una reunión... bueno ahí los generales resuelven que eso era muy importante, una coordinación entre ellos, conocerse personalmente (...) en una de esas reuniones, el Gral. Pinochet propone la creación de lo que se llamó la Operación Cóndor, que permitió el intercambio de prisioneros entre los servicios de inteligencia de las diferentes naciones, Argentina, Chile, Bolivia, Paraguay, Uruguay, Brasil, Perú... sin participación de la cancillería ni de la justicia. Y además permitió el ingreso de sicarios de una nación para que mataran en otra a los opositores a ese país (...)

- ¿Cómo lo viviste el golpe a Illia? ¿Cuál era la división entre los azules y los colorados?
Ballester: - Los enfrentamientos comenzaron fundamentalmente en época de Frondizi... nosotros defendíamos al gobierno constitucional, con poco éxito... se produjo su caída (...) un grupo, los que estábamos dentro de los institucionalistas, decidimos llamarnos azules y los otros colorados... Ahí es cuando se hacen dos partidos militares (...) El Gral. Onganía, realmente fue un gran conductor (...) forma una comisión especial para la reestructuración del Ejército (...) yo asumo como jefe del Regimiento 3 de Infantería (...)

- ¿Qué era lo que más les irritaba del gobierno de Illia?

Ballester: - Su inactividad... lo que nos parecía su inactividad (...) [Tras el golpe de Onganía] Cuando terminaba mi mandato como Jefe del Tren de Infantería, me llevaron a trabajar a Presidencia de la Nación, y cuando vi todos los desastres que se estaban armando... la noche de los bastones largos, la represión que se estaba iniciando, me puse en contra... yo estaba en el Consejo de Seguridad Nacional y cuando vi lo que estaban haciendo me puse totalmente en contra... me descubrieron enseguida, por supuesto (...) pero como habían hecho tanto daño tuvieron consideración conmigo, no me pasaron a retiro ni nada de eso. Me mandaron de Jefe de Regimiento a Río Gallegos (...)

- ¿Cómo explicás, pensando que Onganía era un hombre honrado, que haga un cambio de rumbo tan drástico?

Ballester: - Y... la doctrina de seguridad nacional... Que le lavó el cerebro durante décadas, y lo sigue lavando, dentro de las FF. AA. y el cerebro de toda clase social argentina y demás (...)

- ¿Y cuándo vuelve a estar en actividad y desde qué lugar?

Ballester: - Perón, incluso cuando viene en noviembre del 72 me nombra Comandante en Jefe de las FF. AA. peronistas si había enfrentamiento (...) se producen las elecciones de marzo del 72, fuimos esa noche a donde estaba la sede del Consejo Superior Peronista, hablamos con Abal Medina, le dijimos (...) que nos tuvieran en cuenta (...) que cuando llegaran los generales, almirantes y brigadieres, nos los mandaran para que pudiéramos averiguar qué quieren, orientarlos sobre cómo iba a seguir la defensa nacional... Bueno, Abal Medina comentó que cuando era el momento de abrazarse nosotros fuimos a plantear problemas... por supuesto no nos dieron ni cinco de pelota (...) ●

*Lic. en Trabajo Social (UBA), **Lic. en Historia (UNC), ***Lic. en Periodismo de Investigación (Universidad de Madres de Plaza de Mayo).

De junio a septiembre: Córdoba y el golpe de Estado de 1955



Gonzalo Pedano*

Entre sus dos luminarias más destacadas del siglo XX –la Reforma Universitaria de 1918 y el Cordobazo de 1969–, Córdoba tiene un terreno ganado por las sombras. En el lapso que corre de junio a septiembre de 1955, nuestra provincia –y en particular la ciudad de Córdoba– ocupó un lugar protagónico en los sucesos que culminaron con el violento derrocamiento del segundo gobierno constitucional de Juan Domingo Perón. En esos meses se dio inicio a un proceso caracterizado por la implementación de una ofensiva violenta y planificada que culminó con la renuncia del electo Presidente. Entre los hechos más destacados de ese violento proceso se encuentran, sin duda, los bombardeos a plaza de Mayo, la Casa Rosada, el edificio de la CGT y la residencia presidencial, perpetrados el 16 de junio de 1955 en la ciudad de Buenos Aires, que causaron la muerte de más de trescientas personas y produjeron también más de setecientos heridos, todos ellos civiles, inclusive niños. Era la primera capital de América del Sur en ser criminalmente bombardeada por sus propias Fuerzas Armadas. “Es indudable que pasarán los tiempos, pero la Historia no perdonará jamás semejante sacrilegio”, afirmó Perón en su discurso por cadena nacional de aquel 16 de junio. Y a partir de aquella fatídica fecha, maduraron las condiciones de un golpe de Estado que tuvo a Córdoba como uno de sus principales “focos” y “brotes”. Así lo señala el levantamiento del general Dalmiro Videla Balaguer en la guarnición de la localidad de Río Cuarto, producido el 31 de agosto de 1955, cuando se declara en “rebelión” con la intención de marchar hacia Córdoba capital, después de escuchar el famoso discurso del “5 por 1” de Perón.

El papel de Córdoba en el golpe: el “brillante faro en la noche de la tiranía”

Córdoba tiene entre sus militares, apellidos de prosapia golpista. Ya en septiembre de 1951, el general de brigada Benjamín Andrés Menéndez, tío del genocida Luciano Benjamín, realizó un fallido intento de derrocar a Perón desde Campo de Mayo, Buenos Aires. Cuatro años más tarde, a pesar de aquel primer intento defectuoso, la tarea ya estaba cumplida. En ella el general de división Eduardo Lonardi cumplió un papel fundamental siendo el responsable principal de la conducción del “Comando General” del golpe iniciado en Córdoba. En su discurso de asunción como Presidente provisional de la Nación, del 23 de septiembre de 1955, Lonardi señaló con énfasis su pertenencia mediterránea: “Llego a esta Capital desde una tierra clásica en la República Argentina, que acaba de honrar sus blasones hidalgos

con una épica página de heroísmo y de muerte [...]” Era la Córdoba “heroica”, levantada por la “libertad” contra la “tiranía”.

Remarcó, asimismo, el rol de “foco de fuerza” cumplido por dicha ciudad para dar impulso al “brote” que prendió en otras localidades y provincias: “La acumulación de fuerzas en la Capital Federal hacía que fuese muy difícil dar en ella el golpe inicial. Era necesario, pues, hacerlo en el interior, pero con la ayuda de la Flota; y fueron elegidas Córdoba, Cuyo y las provincias del Litoral [...]. Córdoba dio particularmente un emotivo ejemplo con los [oficiales jóvenes] de las Escuelas de Artillería y Paracaidistas, del Liceo General Paz y de las diversas unidades que integran el conjunto de su guarnición aérea”. Tiempo antes de este discurso histórico, la ciudad mediterránea fue convertida por unos días en Capital provisional de la República como expresión de su carácter de epicentro golpista y símbolo del “triumfo”. Fue por ello considerada como uno de los focos iniciáticos más importantes de la autodenominada “Revolución Libertadora”, o en palabras del propio Lonardi: “Córdoba se convirtió en un ascua de oro, en un brillante faro en la noche de la tiranía”. Tiempo después, más precisamente el 13 de noviembre de 1955, Lonardi fue desplazado de su cargo, ocupando el mismo el general Pedro Eugenio Aramburu. Se cerraba así, la etapa del “ni vencedores ni vencidos” y se consolidaba el fracaso del sector nacionalista católico liderado por Lonardi que pretendía –según lo manifestado por el propio general– mantener los derechos conquistados por los trabajadores. La dupla Aramburu-Rojas quedaba al mando.

El apoyo cívico-religioso: los “comandos civiles” cordobeses del golpe

En su ensayo, 1955, “Revolución en Córdoba”, Rafael Capellupo destaca que una de las características más distintivas del golpe iniciado en la ciudad mediterránea fue “la amplia participación de civiles armados antes y durante esos días críticos en los que la ciudad se convirtió en un verdadero campo de batalla”. Asimismo, en la nota del diario *Clarín* del 29 de septiembre de 1955, titulada: “Luchóse con una consigna: Córdoba no se entrega”, se remarcó la organización metódica del autodenominado “Comando Revolucionario Civil”, integrado por jefes de grupo pertenecientes a diversos partidos políticos, a sectores estudiantiles y religiosos. “Un mes antes de la Revolución –afirma el citado artículo–, este Comando Revolucionario Civil ya estaba perfectamente organizado con sus Grupos

de Choque, Grupos de Secuestro y Detención de Personas [sic], Dinamiteros, Movilidad y los Grupos Técnicos (teléfonos, telégrafos, radioemisoras y ferrocarriles)”. Distintas fuentes insisten en que el número de civiles bajo la conducción de este “Comando” ascendía a cerca de 3.500 cordobeses. Independientemente de la exactitud de la cifra, es importante remarcar la existencia de una conducción planificada de la violencia con tonada cordobesa.

Y sin pretender entrar en dramatismos, complementamos las consideraciones anteriores con las afirmaciones del investigador César Teach, para quien los enfrentamientos producidos en la ciudad de Córdoba asumieron la característica de una “guerra civil”. Según sostiene el mencionado autor en *Sabatinismo y Peronismo*: “Un comando de las Juventudes Católicas asaltó el local de la UES; otro encabezado por el dirigente del PDNC [Partido demócrata Nacional de Córdoba] Rómulo Carrara, se hizo cargo de la Estación Terminal de Ómnibus; un tercero compuesto por estudiantes del Partido Reformista ocupó la odiada seccional 3ª de Policía, situada en pleno corazón de barrio Clínicas; otro comando civil compuesto por 140 radicales –dirigido por León Fribank, presidente de la Agrupación Radical de Empleados de Comercio– combatió en el barrio Aeronáutico y posteriormente se trasladó a la plaza San Martín para atacar junto a fuerzas militares la jefatura de policía. La Iglesia no estuvo ausente en los combates. Desde la parroquia de Cofico jóvenes y sacerdotes armados se enfrentaron a tiros con la policía”. La coordinación planificada de las acciones armadas entre militares, diferentes partidos políticos, grupos católicos y estudiantiles, fueron el signo distintivo del comienzo de un ciclo de dieciocho años de proscripciones, persecuciones y prohibiciones cada vez más violento. ¿Se podrá pensar a Córdoba como el lugar donde comenzó uno de los dramas más importantes del país? Más aún, ¿ha desaparecido el substrato cultural que sirvió de fondo a los comandos –militares y civiles– de la violencia organizada?

Destacar el papel cumplido por militares y civiles de Córdoba en este plan de violencia escalonada de repercusión nacional, se presenta como una puerta de acceso pertinente para la comprensión del contexto de radicalización política que caracterizó a nuestro país durante las décadas siguientes y para interrogarnos sobre las raíces profundas de una cultura del autoritarismo y sus consecuencias. ●

*Licenciado en Filosofía, investigador UNC



El enemigo en fuera de campo

Celina López Seco*

El cine argentino se debatió, desde sus mismos orígenes, entre la dicotomía Civilización o Barbarie. Términos cuyo contenido adquiere la forma de la ideología que lo nombra. (Léase: Contenido. Forma. Ideología. Tres conceptos que no pueden pensarse por separado en relación a la dupla de mayor éxito nacional).

Octavio Getino en su libro *Cine argentino* (2005) dice que la Barbarie era la respuesta intelectual de la resistencia, de aquellos que combatían la herencia colonialista del proyecto civilizador. Pero Sarmiento ya había calado tan hondo en una ideología nacional que el lugar común del término Civilización parecía anterior a nuestra conformación como argentinos: habíamos nacido para ser corregidos. Por inmigrantes, por brutos, por negros, por indios, por gauchos, por pobres, por asumir la periferia como territorio geográfico en relación al imperio.

El cine argentino nunca se calló: manía de explicarlo todo, entre el documental y la ficción empezó trazando un recorrido que, antes que el mismo neorrealismo en Europa, denunció las condiciones sociales de una patria que no podía ser grande. Hugo del Carril, Leopoldo Torre Nilsson, Fernando Birri, Fernando Ayala, Lucas Demare. Con la batalla por la identidad de fondo y la inocencia de proponer una respuesta, muchos realizadores argentinos salieron a contestar sobre la esencia de un ser nacional. ¿Un ser?

Demare en *La guerra gaucha* (1942) divide por conjuntos las distintas facciones que luchan por la independencia de la corona española, militares, gauchos, niños, chinas, curas, brujas, aristócratas y bebedores, todos, todos son argentinos por cuyas venas corre sangre libertaria. Cada uno, digno habitante de estas pampas se reconoce como tal a través de un enemigo común.

Hugo del Carril en *Las aguas bajan turbias* (1952) puso negro sobre blanco: la milicia y los pobres no están del mismo lado. Los pobres van al yerbatal buscando una moneda y el capataz, el que manda, el que tiene fuerza, sólo se distingue de ellos por pararse al otro costado. Las condiciones de explotación sostienen al obrero, sus cuerpos se pierden en el Paraná. Aquí no está la misma sangre de *La guerra gaucha* corriendo por las venas porque las venas de los argentinos de Del Carril no entienden la libertad en términos tan abstractos como el nombre de un país. Fernando Ayala también dibujó una explicación de Argentina en *El jefe* (1959) y en este caso el zigzag entre Civilización o Barbarie vuelve

a tener a la patria dividida. Los que se dejaron embaucar por la figura de un jefe autoritario, ambicioso pero afín a los nuevos tiempos y aquellos que, como a toda víctima, les está vedada la resistencia. La aristocracia vio perjudicados sus beneficios pero su prurito de clase le impidió mezclarse con la mersada. Ayala construye un decorado de hombres vagos que escuchan música grasa, sacan créditos para comprar en cuotas, no tienen valores ni ideales más que el ascenso –inmerecido– social gracias al dinero. Un engalanado Alberto de Mendoza haciendo gestos, “a lo Juan Domingo” de discurso militar (más pituco y temerario) y al lado, un Favio jovencito que mira embelesado al personaje que luego sería su gran inspirador.

» Encontrar en las Fuerzas Armadas el custodio, el culpable del pasado reciente funcionó, al menos cinematográficamente, como el dispositivo sensible para exorcizar los fantasmas de un complejo entramado que se resiste a ubicarse dentro de la eterna dualidad intelectual argentina: civilización y/o barbarie.

El cine argentino tuvo conciencia de clase desde muy joven. Supo que el siglo y la revolución industrial ponían en escena un nuevo actor social. Le habló a una masa en ascenso, le habló también a quienes aún no sabían leer ni escribir. Tuvo sus figuras de estudio como Hollywood, pero a diferencia de las potencias mundiales no esperó el fin de la segunda guerra para filmar en blanco y negro, fuera de los grandes decorados. El cine argentino se debatió, desde los orígenes, entre la necesidad de definir la identidad nacional a través de tres grandes ejes: un enfoque melodramático, donde se plasmaran las grandes pasiones populares del folletín y el tango; un escenario naturalista y esa vocación por exponer los instintos con su impronta de “verdad”; y una preocupación que luego, mucho más adelante, cuando se pensara en términos teóricos, se denominaría realismo social.

Estaban todos, los inmigrantes, las letras de tango, las mujeres despechadas, las adaptaciones

literarias, las rupturas, la creación de un lenguaje cinematográfico propio, la iglesia, las clases altas, el revisionismo histórico, la política, lo político, el pueblo, su ausencia, la democracia, las privatizaciones, las escuelas de cine, los festivales. El cine argentino habló y mostró los avatares de un país en permanente estado de construcción.

Y sin embargo hay un fuera de campo que desde el cine de la posdictadura (haciendo una elipsis hasta los intentos de reparación histórica de las últimas películas que reconstruyen la figura de Belgrano (*La película*, 2010) y San Martín (*Revolución, El cruce de Los Andes*, 2011) es interesante pensar: la presencia de las Fuerzas Armadas como conflicto y no como personaje y símbolo negativo. Ellos fueron la metáfora (en el momento donde el cine aún no podía mencionar los huecos que el horror de la dictadura había sembrado) primero y luego la materia originaria del mal en una de las tantas explicaciones sobre la descomposición social.

Y si bien es cierto que el cine argentino nunca cesó en su intento de definir el ser nacional, el período de la posdictadura se caracterizó aún más por la explotación discursiva: los personajes se sobreexplican, los diálogos son eternos, se transmite de manera casi obscena el pensamiento de los protagonistas. Si durante la dictadura pocas películas pasaban el comité de censura, y el régimen de lo decible era un mapa acotado de lugares comunes, la regla de oro del cine en democracia fue no estar callado nunca. Encontrar en las Fuerzas Armadas el custodio, el culpable del pasado reciente funcionó, al menos cinematográficamente, como el dispositivo sensible para exorcizar los fantasmas de un complejo entramado que se resiste a ubicarse dentro de la eterna dualidad intelectual argentina: civilización y/o barbarie.

Desde la oscarizada *La historia oficial* (1986) de Puenzo hasta la cruda *Garage Olimpo* (1996) de Bechis, desde *Iluminados por el fuego* (2005) hasta la serie de documentales emitidos este último año en la televisión pública por el aniversario de Malvinas, los militares, el cuartel, el régimen, el uniforme, es decir, las Fuerzas Armadas argentinas, se configuraron como el estereotipo del enemigo interno. Un traidor en consonancia discursiva con un mal supremo, mal que, al menos hasta ahora, funciona como un fuera de campo no sólo cinematográfico, sino impensable. ¿La oligarquía? ¿El imperialismo? ¿El conservadurismo extremo? ¿La Iglesia? ¿Cómo se compone el mal desde el Estado? ¿Cómo se construye el enemigo interno? Todos estos conceptos forman parte de un enemigo posible y por lo tanto enunciable. La pregunta entonces plantea un equívoco, ¿cómo se compone el mal o quiénes son el mal interno? Si hay un enemigo, en la línea de cierta historiografía cinematográfica argentina, hay un núcleo que defender.

Aquí el cine, a diferencia de otras artes que narran acontecimientos, tiene la capacidad de poner, frente a la frágil e imperfecta percepción humana, una percepción pura. La imagen que el cine da a ver, gracias al dispositivo, es una percepción de imagen movimiento pura: continua, constante, variable, con infinitos centros de indeterminación. Estaría bueno quizás, que esa imagen que el cine puede construir empiece a alejarse de los estereotipos dualistas y se acerque a lo que su propia naturaleza sí puede hacer: mostrar el terreno de eso que aún no puede ser pensado. ●

*Periodista

Radiografía de la militancia

La periodista Sandra Russo habla sobre *Fuerza propia*, el libro en el que entrevista a varios dirigentes y militantes de La Cámpora, entre ellos, Máximo Kirchner. Este libro "coral" como lo define ella, busca explicar en la propia voz de sus miembros la dimensión de la política a través de la actividad de sus bases.

Emanuel Rodríguez*

“La primera batalla que gan  Néstor fue la que libr  contra el escepticismo”. La definición es de Máximo Kirchner, hijo de los dos últimos presidentes de la Argentina, en una entrevista concedida a Sandra Russo. La entrevista forma parte del libro *Fuerza propia*, un documento que registra el nacimiento, la consolidación y la épica de la agrupación La Cámpora, “el síntoma más visible de que las generaciones más jóvenes de la Argentina han vuelto a poner la política en valor”. La definición es de Sandra Russo. El libro registra a partir de varias entrevistas, ese síntoma, en oposición clara a un modo de vivir la política identificable con la experiencia menemista: “Cuando yo tenía 35 años – escribe Russo –, que es la edad promedio de la generación que conduce La Cámpora, estall  Río Tercero. Ya en los 90 este país parecía inmovible: hubo sublevaciones militares, especulación financiera, destripe del Estado, funcionarios a cargo de Medio Ambiente posando en abrigos de piel, sobresueldos, Día del Niño No Nacido, orgullosas relaciones carnales con Estados Unidos y el FMI. De modo que la realización, para mi generación, fue personal”. Esa dimensión personal de la política está puesta en crisis a partir del concepto colectivo de la militancia y del retorno de la sociedad hacia la política. El fin de la antipolítica de los 90 es el inicio de La Cámpora. A partir de allí, el libro avanza en la destrucción de los lugares comunes que los grandes medios han impuesto como estrategia de desprecio hacia las formas de militancia, y traza una serie de perfiles de militantes –dirigentes, pero también muchos “pibes para la liberación”– que son, de un modo contundente, testimonios de cómo se entiende la política hoy en las zonas de formación y participación más próximas al Estado.

–* Por qué le pareció necesario escribir un libro sobre La Cámpora?*

–Me sobraban los motivos para querer escribirlo. En principio, por mi propia curiosidad, por la necesidad de pasar en limpio lo que sabía y lo que no sabía, que era mucho más. Aunque nunca creó los clichés que circulaban en los grandes medios –no los creo ni sobre La Cámpora ni sobre tantos otros temas–, me faltaba información para discutir cuando encontraba que no sólo la oposición manejaba esos clichés (los hijos del poder, los interesados en los cargos, los oportunistas, etc.), sino también gente que apoya este proyecto pero que desconfiaba de la agrupación, de su real papel, de su concepción política. Ellos no hablaban, y la gran tarea del libro fue, en principio, lograr que hablaran.

» *Hace mucho que se impugna al militante como un choripanero, como un buscador o repartidor de cosas. Por eso lo primero que hubo que apuntalar fue esa figura del militante que en realidad es cualquier persona con ganas de involucrarse en un proyecto político.*

–*En ese sentido,  cu l fue el principal desafío que le plante  el libro?*

–El principal desafío era escribir un libro que tuviera peso propio más allá de las voces que tra a. Cuando uno escribe un libro, siempre el primer y principal desafío es que sea un buen libro. *Fuerza propia* es un libro coral, entonces otro desafío era graduar las voces, ir dando de a poco información cuantiosa, histórica, vertiginosa, porque todo pasó muy rápido y creo que ni los miembros de la agrupación habían pasado en limpio todo lo que les sucedió desde 2006 hasta hoy. Otro desafío era enfrentarme con la impugnación del libro, con la impugnación de mi autoría,

porque sabía que iban a decir que era un libro por encargo, poco menos que un folleto. Pero a eso estoy acostumbrada, y si uno piensa en ese tipo de críticas a priori, no hace nada.

–* Cu les cree usted que son las características propias de esta nueva forma de militancia?*

–No s  si es una nueva forma de militancia la de La Cámpora. Me parece que lo que caracteriza a esta militancia es recuperar viejas formas de acercamiento a la política, que fueron abortadas por el terrorismo de Estado. La violencia indiscriminada que se desató en 1976 se dirigió y tomó como excusa a las organizaciones armadas de los 70, pero ya todos sabemos que se dirigió además sobre militantes gremiales y militantes sociales. Esta última forma de militancia, que recobr  vigor en los 90, reaparece ahora pero desde una organización política que decide anclarse en los barrios. El cruce entre la formación política de sus miembros y el trabajo territorial es uno de los ejes de La Cámpora.

–*Durante muchos años en la Argentina se pensó la política sin pensar la militancia.  Cree que eso es posible después de lo que significaron los últimos gobiernos para la idea de militancia?*

–Que es posible est  a la vista. Que es posible es un hecho consumado. Pero se tuvo y se tiene que luchar constantemente contra la idea de la política neoliberal que sigue circulando entre nosotros, y que indica que un dirigente político no es nada sin su “buena imagen”. Esa “imagen” es la que miden las consultoras y suele coincidir con “ser conocido”. De lo que habla el libro es de un nuevo tipo de subjetividad política, que privilegie lo colectivo por sobre lo individual. Se dice fácil, pero no es fácil. Hay que domesticar los egos. Hay que entender muy bien que se est  al servicio de un proyecto



político, y que el rol personal de cada uno no es lo más importante.

– Su libro combate un prejuicio en torno de la figura del militante. ¿Por qué tiene tanta fuerza ese prejuicio en la Argentina?

– Porque se sigue creyendo que si en la televisión dice que llueve, hay que salir con paraguas. La videopolítica convirtió a muchos dirigentes en eunucos que tienen que desfilarse por los sets de televisión haciendo gracias, presentando a sus mujeres, hablando de sus hijos, mostrando sus casas, en fin, haciendo todo lo que hay que hacer para tener rating, y son muy pocos los que de verdad buscan el intercambio de la representación. El prejuicio contra la militancia se explica muy fácil: ¿qué partidos hoy en este país apuestan a esa construcción desde abajo? Ahora hay varios, hace dos o tres años, casi ninguno. Hace mucho que se impugna al militante como un choripanero, como un buscador o repartidor de cosas. Por eso lo primero que hubo que apuntalar fue esa figura del militante que en realidad es cualquier persona con ganas de involucrarse en un proyecto político y con intención de defenderlo desde su propia vida cotidiana.

– ¿Cuál es la principal dificultad que le plantea una agrupación como La Cámpora a los politólogos tradicionalistas?

– ¡No sé qué piensan los politólogos! Pero la principal dificultad de cualquier lector de este libro es abrir la cabeza para entender un fenómeno político novedoso, creativo, masivo y compacto que está llamando la atención en muchos lugares del mundo en los que el Pensamiento Único ya está desangelado, pero nadie sabe cómo hacer para que aparezcan figuras políticas que les ofrezcan alternativas distintas. Los indignados se pincharon, todo ese revuelo en España, en Portugal, en Grecia, en tantos lugares exprimidos por el FMI y

la troika se disolvió, porque quedaron en el asambleísmo que nosotros conocimos en 2002. Sin conducción y sin proyecto, mucha gente en la calle no cambia nada. Se resisten las represiones, se vuelve a salir a la calle, pero todo eso se agota, porque el aparato de la derecha está intacto.

» Un proyecto colectivo es algo en lo que uno puede sentirse compañero de mucha gente aunque no la conozca.

– ¿Qué rol le asigna usted a la amistad en la política? ¿Hay política sin amistad?

– Es una pregunta difícil, porque uno puede tener compañeros que no sean amigos, y amigos que no sean compañeros. La vida no es lineal. Nuestros afectos tampoco. Yo creo que hay que poner en valor y trabajar mucho en nuestro interior la idea del compañerismo, que hace que uno pueda trabajar con cualquiera, aunque no lo conozca mucho personalmente, sabiendo que puede confiar porque ambos van en la misma dirección y tiran para el mismo lado. En todo caso, un proyecto colectivo es algo en lo que uno puede sentirse compañero de mucha gente aunque no la conozca.

– Suele menospreciarse la idea de la militancia como un espacio sin discusiones, como algo monolítico que avanza siguiendo a un líder... ¿encontró algo parecido al adentrarse en La Cámpora?

– Algo “monolítico que avanza siguiendo a un líder”, sin discusiones, da una idea un poco amorfa y descerebrada, ¿no? La discusión, al contrario, es la llave de todo, lo que permite expandirse y afirmarse. Cuando un colectivo es tan grande como pelear por el poder, necesariamente se compone

de muchos sectores con diferencias entre sí, que necesariamente deben discutir políticas, ideas, decisiones. Lo que yo vi en La Cámpora es mucha discusión interna, aunque tratándose de una agrupación orgánica, se respetan ámbitos para hacerlo, como por ejemplo los plenarios, pero en cada básica se discute. Lo particular, en todo caso, es que todos los miembros de La Cámpora, y los de Unidos y Organizados, saben que la que finalmente dirige esas discusiones es la conducción, y que quien lidera este proyecto que empezó en 2003 es Cristina Fernández, sea o no Presidenta de la Nación.

– ¿Qué significa en su trayectoria periodística este libro? ¿Le teme al menosprecio que hay detrás de la idea de un periodismo militante?

– Este libro para mí es muy importante porque la historia de La Cámpora me parece fantástica. Nadie podía imaginar, cuando aquel presidente que fue Néstor Kirchner asumió en 2003 con el 22 % de los votos, que sucedería todo lo que pasó. Fue él quien salió a buscar su fuerza propia fuera del funcionariado, fuera de la política estándar, y lo hizo desde su gestión, con decisiones como la de bajar los cuadros, que no fue un eslogan, fue un hecho que significó la política de Estado en materia de derechos humanos más fuerte y potente de América Latina. Más que la de Brasil, que la de Uruguay, que la de Chile. ¿Dónde estaban los que no tenían compromisos, los que no tenían prejuicios, los que estaban dispuestos a jugarse por sus convicciones? Estaban en el lugar hacia donde nadie más que él y que Cristina miraban: los jóvenes. Había que crear un nuevo espacio sin compromisos preexistentes y militantes dispuestos a defender lo logrado. Y esto había que contarlo, así que para mí fue muy importante y sentí mucha responsabilidad para transmitir el espíritu de cada entrevista de las decenas de entrevistas que se hicieron para el libro. En cuanto al menosprecio, lo tomo como de quienes viene.

Epílogo

“Ser de La Cámpora es tener en claro el momento histórico que nos convoca”, dice Mayra en una de las entrevistas del libro de Sandra Russo. Esa conciencia del tiempo los ubica, a los protagonistas de este libro, permanentemente en el campo de la acción. Las entrevistas interrumpen su trabajo. Ese es otro dato de época que aporta la obra de Russo, que logra romper por un rato el hermetismo antimediático que caracteriza a la agrupación para que queden expuestos algunos hilos que unen a los militantes entre sí y que los unen con una tradición concreta. “Somos una organización – dice Máximo Kirchner en una de las últimas entrevistas del libro –, nos mostramos como lo que somos, decimos lo que proponemos y lo que defendemos. No engañamos a nadie (...) No sabemos qué expresión electoral tendremos, pero está bien lo que resulte. Nuestro trabajo es a largo plazo. Ojalá también que haya sectores que se decidan a abandonar la comodidad de la queja y se animen a la dificultad de la construcción”. ●

*Periodista, actor

Pascual: el Hombre detrás del Conde

En Córdoba, Argentina, un hombre deja de ser Pascual Gómez para convertirse en una suerte de oráculo viviente conocido como El Conde Pascual. ¿Quién es el hombre al que artistas, hinchas de fútbol, presos, bandas de cuarteto y hasta políticos, le confían su suerte y le agradecen colgando pasacalles y pintando las paredes de toda la ciudad?

Consuelo Cabral*

El Conde Pascual se desparrama en una risa de vocales abiertas, desordenadas, yuxtapuestas, mientras una cabra moribunda yace desangrándose en el ritual de La Casa de los Viernes. Después abre la boca, engulle un trago de Coca Cola tibia, escupe y se rasca el sobaco derecho. Ahora le pica el izquierdo. Y otra vez el derecho. Dice que "no hay vez que haga un ritual para ayudar a morir a alguien que no me empiecen a picar los chivos". Que por eso prefiere las sanaciones. Que lo disculpe que tenga que rascarse de esta forma, pero que le pica que es una locura. Lo veo tan incómodo que hasta pienso en ayudarlo. Finalmente se le pasa. Yo respiro aliviada; la cabra antes moribunda, ya no respira.

El Rolex de plástico dorado que cuelga en la pared marca que ya son las once y media de la noche en la casa de Villa Warcalde donde cada viernes se reúnen distintos pai umbandas para realizar rituales de todo tipo, incluso algunos que incluyen sacrificios con animales. Los encargos son muchos y variados. Desde cuestiones amorosas hasta terminar con la vida de alguien.

El Rolex de plástico sigue avanzando. El ritual umbanda, también. Si todo sale bien, mañana un hombre amanecerá muerto. En

una oficina decorada con calcomanías de estrellas multicolores, alguien compró su vida por 12.500 pesos.

» La puerta cede y el Conde aparece enfundado en pantalón, camisa, zapatos y sobretodo negros. Me da tres besos y me indica que lo llame como más me guste: Pascual o Conde.

De no ser por el altar improvisado de madera de pino, la habitación estaría prácticamente vacía. El piso, de baldosas antiguas, revela que esta casa tuvo épocas más esplendorosas. A medida que pasan las horas el aire pareciera volverse más espeso. Las velas desparramadas por el piso le iluminan la cara acentuando su textura. El Conde sujeta al sapo por las patas traseras mientras le sumerge la cabeza en el mismo vaso en el que antes tomó Coca Cola. Sólo que ahora, el vaso tiene la sangre de la cabra muerta.

Me cuesta reconocer al hombre de 68 años que días atrás me recibió sonriente en su oficina de la avenida General Paz, el hombre de labios demasiado carnosos para ser

naturales y de pelo demasiado negro para no ser de peluquería. Su voz, antes nasal, ahora suena grave y decidida. La piel también parece más blanca y húmeda. Como la panza del sapo que aprieta con la mano derecha. Ya no es el de los afiches pegados en las calles. Ni el de la televisión. Tampoco es el que sale en los diarios. Entonces, ¿quién es?

El Conde Pascual nació como Pascual Gómez hace 68 años en un barrio popular del sureste de la ciudad de Córdoba. Fue una tía materna la que "le pasó" el don de sanar a la gente. Los demás rituales, como el de la cabra, dice que los aprendió de un pai umbanda brasileño. Pero siempre en Córdoba, siempre cerca del agua de la Cañada. Nunca salió del país, ni tiene pensado hacerlo. Nunca entró a un colegio. Dice que es autodidacta y que aprendió a leer y a escribir solo.

-Yo era una inmundicia de flaco. No podía ni caminar. Mi tía me curó las piernas con bosta de gallina. Me las frotaba así -dice pasándose la mano en círculos por la entrepierna-. Después, cuando ya pude caminar, me llevaba con ella a las reuniones. Hasta que un día me bendijo y empecé a curar.

La oficina del Conde está ubicada sobre la



LIBROS Y REVISTAS UNIVERSITARIOS
PUBLICACIONES DE LA EDITORIAL DE LA UNC

FRENTE AL PABELLÓN ARGENTINA, EN CIUDAD UNIVERSITARIA

Consulte nuestro catálogo completo en
www.unc.edu.ar/institucional/perfil/editorial

libreria1918@gmail.com | Fb libreria 1918





avenida General Paz, en un edificio de esos con olor a cigarrillo frío. Basta subir un par de pisos y mirar hacia ambos lados para ver al final del pasillo una puerta tatuada de mensajes agradeciéndole por las ayudas concedidas. Antes de golpear aprovecho para sacar algunas fotos y el sonido del obturador funciona como un “ábrete sésamo”. La puerta cede y el Conde aparece enfundado en pantalón, camisa, zapatos y sobretodo negros. Me da tres besos y me indica que lo llame como más me guste: Pascual o Conde. Después me pide que no deje mis bolsos en el suelo. Que mejor en el sillón, que él sabe por qué me lo dice. Le hago caso y tras dejar mis pertenencias me siento frente a él que sonriendo abre el cajón de su escritorio, saca un jugo Citric de naranja, sirve dos vasos, le pone la tapita y lo vuelve a guardar en el cajón de madera. Su silla también es negra, tiene pegadas un montón de estrellas de papel glasé y unas minilucesitas de colores que se prenden y apagan como si la oficina del Conde fuera el único lugar donde todo el año es Navidad.

—Yo manejo el día, la noche; la vida, la muerte; el amor, el odio; lo positivo, lo negativo; el sí, el no; lo negro, lo blanco. Para sanar uso la hipnosis... en las fobias, la angustia, la depresión, los malos hábitos, el estrés, los ronquidos, los vicios, etcétera, etcétera. Mi tiempo máximo son 21 días. Vos me das 21 días y 12.500 pesos y yo te líquido hasta al Papa. Igual con lo positivo. Y sino preguntale al Gallego (José Manuel De la Sota, actual gobernador de la provincia de Córdoba) cuando me vino a buscar para hacerlo cagar al Gordo (Ramón Mestre, exintendente de Córdoba con quien De la Sota iba a disputar las elecciones de 1999).

—¿Pero Mestre no se murió de hepatitis?

—No, Mestre se murió al día 18. El día 17, 24 horas antes que se cumpliera el plazo que le había prometido, el Gallego (por De la Sota) me mandó un tipo que me metió un chumbo hasta la campanita. Cuando me sacó el arma le dije que si el Gordo no se cagaba muriendo antes de las 12, le devolvía 100 veces lo que me habían pagado. Conclusión, Mestre se murió a las 11.

» Mi tiempo máximo son 21 días. Vos me das 21 días y 12.500 pesos y yo te líquido hasta al Papa. Igual con lo positivo.

Dice esto último mientras golpea dos veces los dedos índice y medio de la mano derecha contra la palma abierta de la mano izquierda. Es un chasquido que suena a cachetada. ¡Paf, paf! Su cortina sonora para celebrar cada trabajo cumplido. ¡Paf, paf! Una mujer recupera a su novio que la dejó por una compañera de trabajo. ¡Paf, paf! Un joven desempleado consigue trabajo en un *call center*. ¡Paf, paf! Belgrano le gana a Talleres y asciende a primera división. ¡Paf, paf! Un hombre postrado vuelve a caminar. ¡Paf, paf! Cristian U se consagra ganador de la última edición de Gran Hermano.

Quiero aplaudir cada uno de sus ¡Paf, paf! pero estoy paralizada. Incrédula. Fría. Es como estar sentada sola en la primera fila de un circo donde él es el presentador y yo la única espectadora. Mi lado esotérico que tanto me atrae se encuentra contraído como un gato ante el peligro. Estamos los dos solos en su oficina. El teléfono no para de sonar. Él continúa hablando. Quiere convencerme de que todo lo que dice es verdad. Y es tan amable que me siento en la obligación de aunque sea fingir un poco. Lo miro sin escucharlo.

¿Y si fuera verdad que puede hacer lo que dice que hace? ¿Y si sabe lo que estoy pensando en este mismo momento? No, no puede ser. No sabe. Parece buen tipo pero chanta. Y los escritos en las paredes de la ciudad los debe hacer él. ¿Cuánto tiempo llevo acá? ¿Qué hora es?

Hasta que me interrumpe con un “pero no te vas a ir sin preguntarme algo de vos... a ver, dejame ver”, dice cerrando los ojos para concentrarse. Me adelanto rápidamente para decirle que no es necesario. Que se me hace tarde y que tengo material suficiente para escribir al menos un par de páginas sobre él. Pero insiste y no logro escabullirme. Dice algo sobre mí que esta vez sí escucho. Todo transcurre en unos pocos segundos. Lo miro asombrada mientras pienso en Jean Eugène Robert-Houdin, el relojero francés que se convirtió en el padre de la magia moderna al inventar en el siglo XIX uno de los trucos más hermosos que se haya visto en la historia: el Naranja Maravilloso. En este truco, reproducido en la película *El ilusionista*, Houdin hacía brotar hojas, flores y frutos, de un naranjo seco. Y si bien su magia tenía un origen científico, el efecto provocado en el público era el de la sorpresa ante lo inexplicable. Nadie pensaba si Houdin mentía o decía la verdad. Si el dinero que ganaba con sus trucos era merecido o robado. Simplemente se maravillaban ante aquello que, como la religión, excede toda lógica. Pagaban por sentir esa momentánea mezcla de miedo, encanto y fascinación.

200 años después de Houdin y a pesar de lo artificial de las estrellas de papel glasé que lo rodean, el Conde Pascual es capaz, al aconsejarme, de provocar en mí la misma sensación de perplejidad que el mago francés: “tenés que cuidarte el hígado, todavía está lastimado”. Lo miro incrédula. Nadie, excepto mi familia y algunos amigos, saben del accidente de auto que cuatro meses atrás me provocó un trauma hepático por el cual estuve internada 20 días. Entonces, ¿qué sentido tendría no maravillarme o buscar las causas del espectáculo que todos los días monta el Conde Pascual en pleno corazón de Colón y General Paz?

NOTA: Pascual Gómez falleció el domingo 17 de noviembre de 2013, todos números impares que incluyen los infaltables 7 y 13. La buena y la mala suerte. El blanco y el negro. El bien y el mal. Los binomios que él decía ser. Qué importa si mentía o decía la verdad. Lo único indiscutiblemente real fue el personaje que construyó y del que él mismo se reía: el “dueño del costado más supersticioso de los cordobeses”. A mí me divertía ver su nombre en las calles e imaginarlo a él escribiéndolo de noche a escondidas. Me gustaba pasar por la General Paz y pensar que en alguna oficina, sentado en una silla forrada de estrellas de papel glasé, estaba el Conde Pascual tomando Citric tibio en un vaso de metal. ●

*Periodista

Acechar la memoria de un impaciente

Un 25 de junio, 30 años atrás, moría en un hospital de París Michel Foucault. Pocos nombres tan citados y tan trascendentes para las ciencias sociales y humanas argentinas desde los ochenta a esta parte. Cuatro investigadores cordobeses, desde sus diversos ámbitos disciplinares, discuten la actualidad de su legado.

Julia Monge*

“Todo esto señala con piedras y signos un camino en el que *su soledad* es la misma que la del velador; está solo en su vela (¿acaso podría alguien tener los ojos abiertos en lugar de él?), pero esta vela se cruza con otras vigilancias: la de los buenos acechadores cuya espera multiplicada traza en la sombra el dibujo todavía sin figura del día que llega”.

Foucault se lamentaba del rol teatral que le imponían sus clases cuando tras discurrir horas ante un auditorio de quinientas personas, ninguna pregunta se planteaba: “una sensación de soledad total”. No hace falta suponer una contradicción con aquel inquieto profesor del Collège de France que polemizaba con las principales corrientes de pensamiento de su época –el marxismo, el existencialismo, la fenomenología, el psicoanálisis– y que intervenía constantemente en manifestaciones y debates públicos fuera de la academia. Es que cuando decía anhelar una escritura que le permitiera perder el semblante, borrar los caracteres del nombre propio, no buscaba resguardarse en la intimidad apacible del anonimato. Intentaba burlar la soberanía que rápidamente, en tanto intelectual, el régimen social del discurso concedería a sus palabras, disponiéndolas en asimetría con la dignidad de otras. Si existiera un hilo de plata que vincula sus esfuerzos teóricos –desde sus primeros escritos hasta el último de sus cursos– con su militancia, tal vez no nos asombraría descubrir que fuera ese: conjurar el silencio de los otros.

Quizás hoy, a treinta años de su muerte, con la aparente ventaja de la mirada retrospectiva, le haríamos un homenaje –no de esos de encumbrar en la inmortalidad una solemnidad que intimida, sino el del guiño cómplice entre compañeros– si pudiéramos representárnoslo como interlocutor. La ventaja es aparente porque podemos preguntarle cuanto queramos, pero sabemos que Foucault ya no puede respondernos. Y sin embargo está a nuestro alcance su vasto trabajo, aún editándose y traduciéndose, para permitirnos imaginar un diálogo cuyas primeras líneas ya fueron iniciadas

por otros, y retomado su hilo tantas veces más, que llega hasta nosotros como una conversación ininterrumpida en la que podemos tomar parte.

Un buen recurso para esa entrada podría ser restituir su voz en la que fue su escena: sus maestros y deudas teóricas, los acontecimientos de su época, las afinidades y discusiones con sus contemporáneos; todo ese presente sobre, para, con y contra el cual pensó. Sin duda es una tarea que no puede ahorrarse. Pero así y todo habría un excedente. Tan cuidadoso a la cuestión de la actualidad –esa interrogación incansable, tomada de una mano a Kant y de la otra a Nietzsche, de crítica y diagnóstico acerca de ¿qué pasa hoy?, este hoy cuya genealogía torna ominoso todo cuanto reviste el carácter más evidente, cierto y estable–; sería desatento mostrar a Foucault como un producto acabado de su tiempo o encumbrarlo en un genio de excepción.

» «Hay preguntas que solamente porque nos ponen cara a cara con la ignorancia misma, la nuestra propia, lo que nunca alcanzaremos a saber, se ofrecen entonces como preguntas de conocimiento, dan lugar a una experiencia específica de la que es posible aprender algo”.

Valga entonces la intención de inquirirlo todavía, en una interrogación que se vuelve hacia nosotros mismos, como futuro que somos de ese momento en el cual Foucault hizo de su pensamiento un gesto de inquietud que aún nos acecha: en el trabajo en las ciencias humanas, en las prácticas médicas, en los análisis sobre el control, la disciplina y la cárcel, en los discursos sobre la gubernamentalidad y la biopolítica, en los estudios de la subjetividad, desde la sexualidad hasta la definición de una ética. Lejos de acallararlo, se trata –como nos sugiere Miguel Morey, quien sabe de sostener este

diálogo– de relanzar los dados: “hay preguntas que solamente porque nos ponen cara a cara con la ignorancia misma, la nuestra propia, lo que nunca alcanzaremos a saber, se ofrecen entonces como preguntas de conocimiento, dan lugar a una experiencia específica de la que es posible aprender algo”.

¿Cómo recordamos hoy y aquí a un pensador francés, molesto, crítico, inconformista, con un toque dandy, homosexual y sidótico? ¿Cómo honramos a los muertos sabiendo que ellos son las primeras víctimas del fascismo que no cesa de triunfar? {...} ¿Cómo celebrar a Foucault en un Siglo XXI (Editores) que se hizo foucaultiano? En este estado de cosas, pienso que una manera contraespectacular de recordar a Foucault es poner a trabajar su pensamiento. Honrar a Foucault es hacer del reconocimiento de que nunca habremos de llegar a la verdad una práctica política y epistemológica cotidiana {...} Celebrar a Foucault es decidirse a abandonar la edad de la inocencia. Ya no se puede persistir en la creencia en Reyes Magos. Ahora sabemos que los discursos crean a sus objetos, las disciplinas a los sujetos y que tenemos un sexo tan verdadero como la soberanía del Estado. (Gustavo Blázquez).

En constante reformulación y reescritura, el trabajo de Foucault no puede ser calibrado sólo en función de sus objetos de estudio, repartidos analíticamente en tres grandes ejes: el saber, el poder y la ética. Tan pronto como queremos asirlo a su contribución teórica, nos asalta de inmediato su pragmática: *hay en Foucault todo un conjunto de perspectivas metodológicas que crean un enorme instrumental, una enorme maquinaria destinada a interrogar nuestra cultura (Cristina Solange Donda)*. Es un pensamiento en el que tanto importa el *qué* se estudia como el *cómo* se lo hace; la manera de problematizar los límites actuales de lo necesario, a partir de lo posible. En definitiva, el modo de intentar comprender los discursos y las prácticas como organizaciones de la experiencia, de pensar y hacer, a los cuales poco nos aproximaremos si nos erigimos en meros repetidores, jueces que dictan sentencia o



profetas que conducen a la redención o anuncian el ocaso.

Uno de los desafíos para quienes utilizamos Foucault en nuestras investigaciones consiste en realizar una auto-crítica de su apropiación como mera metateoría. Citado hasta el hartazgo, es tarea de sus herederos pasar de la mención al uso de aquel que se dedicó a remover de manera paciente documentos grises, a indagar en oscuros archivos. El filósofo francés (ex)puso su propio cuerpo para estudiar los cuerpos, los modos concretos de vida. Trabajó en el Grupo de Información sobre las Prisiones, en un hospital de enfermedades mentales en París, fue docente en el Collège de France, se involucró en la creación de la Universidad de Vincennes. Ocupó las calles con su persistente activismo político. En Foucault la teoría es práctica, el saber político debe ser analizado en relación con los comportamientos, las luchas, los conflictos, en un movimiento oscilatorio entre la transdisciplinariedad teórica y lo experiencial. (Daniela Spósito).

“No he escrito más que ficciones”: la interpelación ha sido el punto de fuga para una pasión por la libertad que logró encauzarse en pacientes y minuciosas investigaciones, como la otra cara de las acciones de resistencia. Hacer aparecer la tarea urgente de nuestra libertad al desentrañar las mallas invisibles del poder, tallar con detenimiento – aún en la moral – los perfiles de la normalización y mostrar escrupulosamente la sombra de nuestra voluntad de saber, es tanto la labor que reconocemos en Foucault como la invitación que ha dejado abierta. Puede ser como una recepción “en clave pedagógica de Vigilar y Castigar” que despierta la observancia de los mecanismos de disciplinamiento que se mezclan en la relación de enseñanza-aprendizaje “en el uso del tiempo, la transferencia de modelos de conducta, la vigilancia” (Patricia Mercado); o como modo de analizar el discurso y las tecnologías de poder “en torno a la inseguridad ciudadana en la Córdoba contemporánea” donde el estudio de Foucault “sobre la racionalidad biopolítica, gubernamentalidad neoliberal que justifica la aplicación de políticas policíacas

de control en el espacio público, articulada con formas de disciplinamiento panóptico, son centrales para analizar el poder desde las técnicas de dominación que nos interpenetran y a las cuales prestamos consenso” (Daniela Spósito).

» En Foucault la teoría es práctica, el saber político debe ser analizado en relación con los comportamientos, las luchas, los conflictos [...]

También darse una recuperación del gesto de “pensar y actuar de otro modo” en los campos del saber, como puede ser ensayar desde la Antropología Social una indagación de “espacios donde, casi sin querer, aprendemos a ser, como actos escolares, bailes de cuarteto, fiestas electrónicas y las noches de la compleja década de 1980” (Gustavo Blázquez); y encontrar así materiales para configurar nuevas apuestas:

Creo que Foucault contribuye, en este aspecto, a la problematización de la bioética en tanto es posible afirmar que la ética filosófica tiene una apuesta ineludible: en tanto actividad crítica del pensamiento que se vuelve contra sí mismo, ha de emprender la tarea de deslegitimar lo que ya se sabe a fin de considerar la posibilidad de pensar de un modo diferente del que se piensa. Se trata de someter lo “normal” a la prueba de “lo actual”. [...] Entonces, en relación con los fenómenos ligados a la vida y a la especie, ¿qué podemos hacer? Una forma de resistencia a la reducción de la vida humana a la vida biológica consistiría en la posibilidad, afirma Foucault, de concebir una nueva ontología que parta del cuerpo y de sus potencias para pensar el “sujeto político como un sujeto ético”. (Cristina Solange Donda).

La incitación constante y la irreverencia en los usos y recreaciones de las fuentes de las que se sirvió – opciones por las cuales ha recibido tanto duras críticas como preciosas

palabras – no llegan sin embargo a ocultar al ávido lector que Foucault ha sido, ese tan atento a la escucha de lo que habla en las letras de los muertos y las acciones de los vivos, como impelido a pronunciarse con franqueza. Precaución metodológica y a la vez principio de modestia – por fortuna encarnado en muchos/as de nuestros/as profesores/ras – de los cuales sin duda podemos aprender, a contrapelo de la pretensiones de hacer del trabajo teórico una soberbia petición de distinción personal, una usina de eslóganes pegadizos, o el reino de élites que se pretenden ajenas a los asuntos de los mortales.

Podemos imaginarnos entonces como destinatarios de su interpelación suspendida, entrar en esa conversación que no nos exige más que ser lectores atentos. Quizás Foucault diría que para ello basta considerar que leer, como escribir o hablar, es “un gesto lleno de riesgos antes que un bien en un circuito de propiedades”; como el guiño de un ojo o una sonrisa silenciosa. Un gesto que pretende no un acatamiento que lo desvanecería, una vez realizado, en la más profunda soledad, sino la puesta en acto de ese ejercicio tan natural y a la vez tan temido, que es interrogar e interrogarnos, pensar y repensarnos, como esa “labor paciente que intenta dar forma a la impaciencia de la libertad”.

Muchos “quizás” y “tal vez”, como los que genera cualquier pregunta que nos imponga el enlace de la memoria con lo que ya es hoy y debemos poder pensarlo y lo que no es todavía. En una de sus últimas lecciones, Foucault proponía a los estudiantes: “un cambio se producirá en la cultura occidental el día que se admita que la memoria es una actitud hacia el futuro”. Simultáneamente, ese cambio ya estaba gestándose en nuestras latitudes, en una marcha que, rechazando la espera, todavía sigue siendo infinita. No es mera coincidencia, es la complicidad de los que permanecen en vigilia, esa que se juega tanto en lo que emprendemos con coraje como en la idea que nos forjamos de nuestra libertad. La que permite narrar otra historia para ganar un presente sosteniendo, palmo a palmo, el “ya no más” y el “ahora sí”. Es ese el gesto que está destinado a replicarse y a no desaparecer en un futuro de voces presentes, de aquellas por las que acechamos y en nuestro lugar continuarán la vela de la memoria. ○

*Licenciada en Filosofía por la UNL y Doctoranda en Filosofía por la UNC. Colaboradora en el Programa Universitario en la Cárcel (PUC).

Gustavo Blázquez. Doctor en Antropología Social. Profesor Titular en la Facultad de Filosofía y Humanidades y en la Facultad de Artes. Director de la Especialización y Maestría en Antropología. Investigador del Conicet (Instituto de Humanidades), sus trabajos están centrados en las culturas juveniles urbanas y consumos culturales en la noche cordobesa.

Cristina Solange Donda. Licenciada en Filosofía. Directora (Alt.) de la Maestría en Bioética Facultad de Ciencias Médicas, UNC. Profesora Experta en Contenidos de la Primera Cátedra de Bioética de la Unesco. Exdocente Titular de Ética I, FFyH, UNC.

Patricia Mercado. Profesora y Licenciada en Ciencias de la Educación. Magister en Planificación y Gestión Educativa. Profesora Adjunta de la cátedra Teorías del Aprendizaje de la Escuela de Ciencias de la Educación, FFyH, UNC. Coordinadora del Programa Universitario en la Cárcel (PUC).

Daniela Spósito. Licenciada en Filosofía. Magister en Comunicación y Cultura Contemporánea y Doctoranda en Semiótica (UNC). Especialista en discursos mediáticos y jurídicos sobre (in)seguridad ciudadana y violencia institucional. Miembro del Observatorio de Derechos Humanos de la UNC.

¡Néstor (Perlongher) vive!

Hace ya 30 años, en mayo de 1984, se publicaba *El sexo de las locas*, uno de los ensayos quizá más perspicaces de Néstor Perlongher. Analizamos hoy, a la luz de aquel texto, algunas de las modificaciones recientes en torno a la política sexual y la singularidad.

Eduardo Mattio*

En unas pocas páginas, el poeta esbozaba un panorama sumario de las políticas sexuales de la reciente primavera democrática, y en particular, se detenía en lo que consideraba “una generalidad personológica: ‘el homosexual’”. Azorado por la ubicuidad de las alusiones homofóbicas en diversos escenarios cotidianos, resultado de una tradición represiva y clasificatoria de cualquier forma de goce homosexual, Perlongher tomaba distancia no sólo del pánico moral de los sectores conservadores, sino también de las incipientes campañas de normalización gay. Con claridad, denunciaba la pretensión de clasificar a los sujetos en virtud de sus elecciones sexuales: “¿De dónde viene esa infatigable preocupación por los culos –o las lenguas– ajenas?”. El término “homosexualidad”, señalaba, es resultado de una mitología operante que –en la combinatoria del saber médico y del poder de policía– iguala y empobrece, bajo un denominador común, una multiplicidad de comportamientos sexuales con otros sujetos del mismo “sexo” –“¿qué tiene que ver una ‘relación de pareja’ gay, con un soplido practicado a los pedos en el baño de un subte?”. En efecto, ese horror a la perversión homosexual no se limitó a describir lo que resultaba anómalo; también justificó diversas formas de hostigamiento: la castrense, la clerical, la policial, la partidaria, incluso la familiar.

A esa multiforme manía persecutoria sufrida por los homosexuales, le habría seguido un instintivo afán de refugiarse que autoimponía el deber de “identificarse” o “asumirse”

públicamente, a fin de resistir la dictadura heterosexual. De este modo, advertía, se configuraba un territorio homosexual que lejos de alentar la subversión, instauraba “una ampliación de la normalidad”, “una

» *Aun cuando gays y lesbianas puedan contraer matrimonio, “los mismos derechos, con los mismos nombres” no alcanzan a desarticular la matriz heterocentrada que sustenta distintos escenarios de violencia homofóbica y lesbofóbica.*

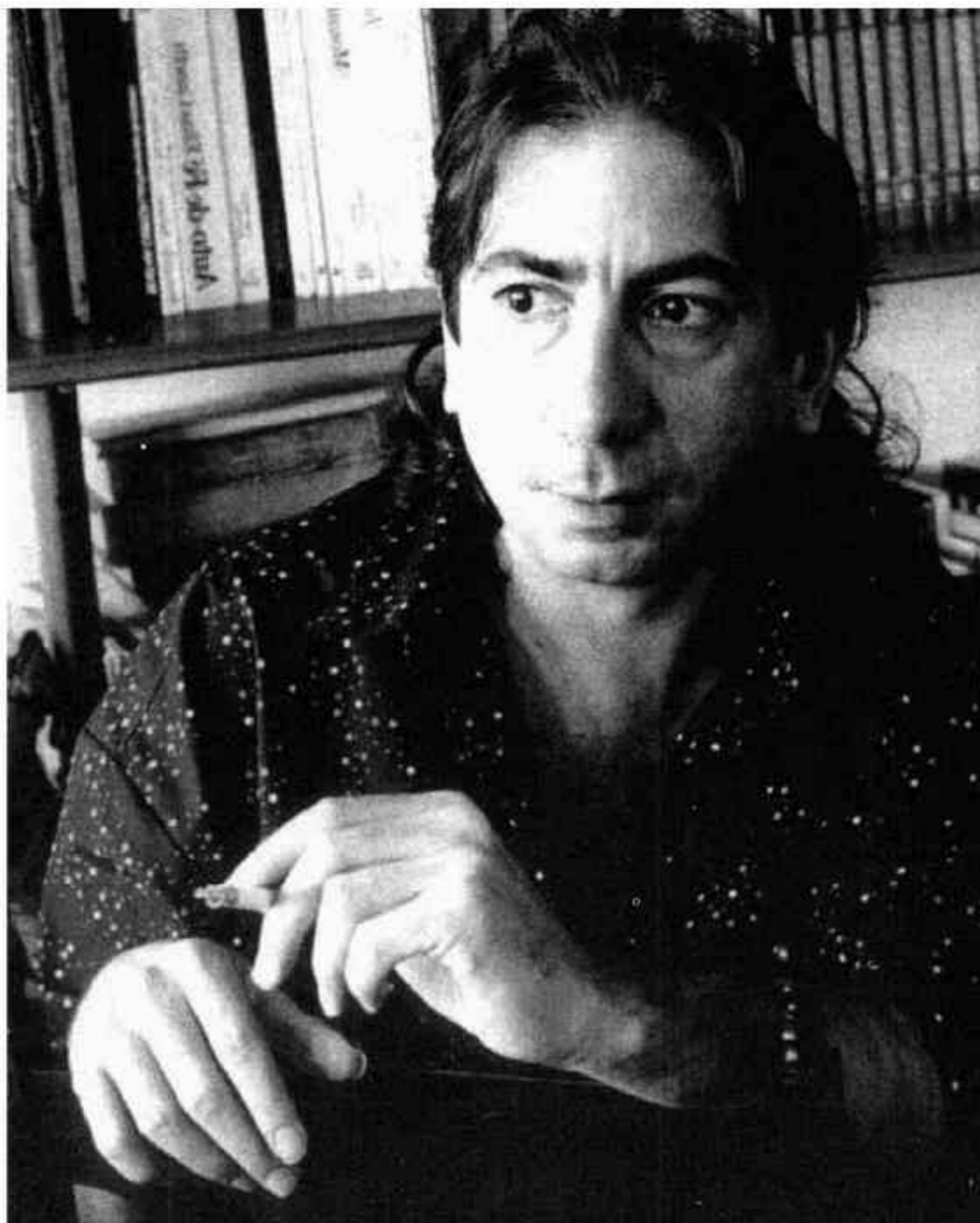
suerte de normalidad paralela” que tomaba una posibilidad personológica entre otras –el estilo de vida gay– como modelo de conducta moral. En esa operatoria normalizadora, se marginalizaba cualquier otra expresión sexo-genérica que resultara disidente: “travestis, locas, chongos, gronchos –que en general son pobres–” quedarían en los bordes de la fiesta del reconocimiento. Al fin de cuentas, el fantasma corrosivo de la homosexualidad era acorralado en la domesticidad de una vida sexual asimilada.

Desde mediados de febrero de este año, la red social Facebook hizo pública su iniciativa de reconocer más ampliamente la identidad o expresión de género de sus usuarios/as. A través de su área Facebook Diversity anunció que, entre las herramientas que

permiten modificar la información básica de sus usuarios, estaría disponible la opción de personalizar la propia autodescripción identitaria, más allá de las definiciones que impone el binomio varón-mujer. Con ello, no sólo se reconocía una lista más amplia de identidades con las que la gente prefiere describirse –“trangénero”, “intersex”, “andrógino”, entre muchas otras–; también se permitía elegir el pronombre con el que los/as usuarios/as desean ser designados/as públicamente. De esta forma, Facebook se proponía garantizar a sus usuarios/as “la capacidad de expresarse de una manera más auténtica”. En la reciente inauguración de una nueva oficina de la empresa en Buenos Aires, la Presidenta de la Nación adelantó que la red social extendería ese beneficio a todos/as sus usuarios/as de la región. También en Argentina, se podrá adecuar la información consignada en el muro de Facebook a la identidad autopercebida. Tal como lo permite la aún reciente Ley de identidad de género, sancionada en mayo de 2012, la red social permitirá que sus usuarios/as locales hagan expresa, si así lo desean, la propia “vivencia interna e individual del género” tal como cada uno/a la siente.

Independientemente de las connotaciones que tal estrategia comercial pueda tener –no habría que olvidar que como toda empresa Facebook se sujeta a las regulaciones que impone el mercado–, cabe prestar atención a lo que esta iniciativa posibilita en un contexto internacional escasamente proclive al reconocimiento de la diversidad sexo-genérica. De hecho, el pasado 17 de mayo,





en ocasión de la Jornada Internacional de Lucha contra la homo-lesbo-transfobia, la campaña de *All Out* recordaba que en 77 países del mundo todavía se criminaliza la homosexualidad, y en algunos incluso se la castiga con la pena capital. Por tal razón, no parece despreciable que una de las redes sociales más influyentes del planeta haga lugar a los diversos modos de expresar y experimentar la propia identidad de género.

Pese a esto último, este acontecimiento, si se quiere menor, nos invita a reflexionar sobre las condiciones que hacen posible un reconocimiento pleno de los sectores heterogéneos que componen el llamado colectivo LGTB. Limitándonos al caso nacional, quizá se imagine que tales sectores se hallan en una situación inmejorable. Quienes atienden exclusivamente a las conquistas legales de estos últimos años conseguidas por las minorías sexo-genéricas –piénsese en la ley de matrimonio igualitario o en la ley de identidad de género–, podrían suponer que las políticas sexuales de la “década ganada” son suficientes para paliar las desventajas históricas que marcaron las trayectorias biográficas de quienes encarnan una sexualidad no heteronormada. No obstante, aun cuando no tengamos leyes que criminalicen la homosexualidad o patologicen

las identidades trans, el reconocimiento legal por parte del Estado argentino no parece ser suficiente para garantizar la satisfacción de otro tipo de necesidades no menos apremiantes.

» ¿Para qué insistimos en identificarnos? ¿Por qué sería necesario o inevitable dar cuenta de sí en términos sexuales o genéricos?

Aun cuando gays y lesbianas puedan contraer matrimonio, “los mismos derechos, con los mismos nombres” no alcanzan a desarticular la matriz heterocentrada que sustenta distintos escenarios de violencia homofóbica y lesbofóbica. Que el acceso de transexuales, travestis y transgéneros al cambio de su documentación no esté mediado por pericias humillantes, no significa que hayan cambiado sustantivamente las condiciones de vida de dicho colectivo. La demorada reglamentación de la ley –en particular, lo concerniente a la salud transicional– se asocia a las dificultosas condiciones de las personas trans para ingresar o permanecer en el sistema educativo, laboral y sanitario. En tal caso, pese a las leyes, es claro que todavía falta un mayor y

mejor reconocimiento –cultural y material– de quienes desafían, de uno y otro modo, queriéndolo o no, las expectativas sexo-genéricas mayoritarias.

¿Para qué insistimos en identificarnos? ¿Por qué sería necesario o inevitable dar cuenta de sí en términos sexuales o genéricos? Es cierto que esta forma de autodescribirnos obedece a múltiples propósitos. En muchos casos, pareciera que el reconocimiento político de una serie de demandas específicas por parte del Estado y de la sociedad civil resultara inviable si no se expresa en los términos de un colectivo que se reconoce bajo cierto nombre. Y aunque es cierto también que muchos de esos nombres tienen un origen ominoso o agravante, ha sido la misma compulsión política la que los ha ganado como una bandera de lucha –piénsese, por ejemplo, en la fuerza política que se expresa en nombres como “potencia tortillera” o “putos peronistas”. Por otra parte, aun cuando ninguna categoría identitaria pueda contener todo lo que uno/a es, aunque no alcance para dar cuenta de la propia trayectoria narrativa, opaca incluso a nosotros/as mismos/as, a todo el mundo ha de reconocerse el derecho a autodescribirse en sus propios términos.

Sin embargo, esa compulsión clasificatoria que nos nombra (que permite nombrarnos y que otros nos nombren) no solo tiene un carácter meramente descriptivo; también produce efectos normativos que no siempre pueden eludirse. Los términos sexo-genéricos que nos definen tienen una historia; nos sitúan –queramos o no– en una jerarquía difícil de disputar; nos vuelven reconocibles pero también vulnerables a las expectativas de los/as otros/as. Por eso Perlongher advertía en esto una doble alternativa: “hacer soltar todas las sexualidades: el gay, la loca, el chongo, el travesti, el taxi boy, la señora, el tío, etc., o erigir un modelo normalizador que vuelva a operar nuevas exclusiones”. En su caso, se trataba de no subsumir esas singularidades en una generalidad personológica. Soltar todas las sexualidades, posibilitar todos los devenires, favorecer que cada quien hable su propio *idioso*: “Que cada cual pueda encontrar, más allá de las clasificaciones, el punto de su goce”.

A 45 años de la mítica revuelta del bar de Stonewall, aquellos motines del 28 de junio de 1969 en la que putos, tortas y travestis resistieron con indignación una redada policial, queda un legado de lucha para las sexualidades disidentes que no puede contenerse bajo ningún nombre, que no se expresa en agenda sexo-genérica alguna, que resiste a las estrategias oportunistas del mercado o al reconocimiento siempre insuficiente del Estado. Queda también, más allá de las luchas, de las normas y de las clasificaciones, una invitación a vivir la singularidad del deseo, a volver a nombrar los afectos siempre de nuevo, a reconsiderar los vínculos, las alianzas, los destinos. Queda abierta para cada cual la posibilidad (siempre política) de edificar la propia vida-con-otros/as a la medida de uno/a mismo. ●

*Docente e investigador de la UNC

La otra Leo

El día de las y los periodistas se celebra, se sabe, por la aparición de la *Gazeta de Buenos Ayres*, creada por Mariano Moreno en 1810. Más acá, Walsh cargó de significado al poder de la poderosa palabra en el ejercicio del oficio. Entre Mariano y Rodolfo, nació la primera periodista cordobesa: Leonor Allende.

María Soledad Ceballos*

En Unquillo, ciudad de un siglo que respira carnaval y pare artistas, se erige un monumento al arte, a la astronomía y al amor de un hombre por la mujer que lo acompañó y por la hija que parieron. La hoy casa-museo no es otra que la casa que habitaran el multifacético artista italiano Guido Buffo, su hija Eleonora Buffo Allende y la primera periodista cordobesa de quien se tiene registro, o a quien se hace referencia como la primera de Córdoba: Leonor. Leonor había nacido el 11 de abril de 1883 y pasó desapercibida por la vida del periodismo local, como pasan muchas otras que intentan trascender desde las letras de tan hermoso oficio. Leonor escribió y sintió profundamente el periodismo y también le entró a la yugular de la literatura y la poesía.

Comenzó a transitar por el periodismo y la literatura publicando en *La Revista de la Universidad de Córdoba*, *Libertad*, una publicación dirigida por el Pedro N. Arias, director del Consejo de Educación de la provincia, hacia fines del siglo XIX. Pasó luego por *La Voz del Interior*, *Los Principios*, *La Nación*, *Córdoba*, *La Capital*, de Rosario y por las revistas *Caras y Caretas*; *Plus Ultra* y *Riel y Fomento*. Pero también colaboró en publicaciones alternativas como las denominadas *Justicia* y *La Verdad*. Pasó Leonor, parece, sin dejar muchos rastros. Pensar en las huellas difusas, escondidas de las mujeres que escribieron, es confirmar que hubo otra historia del periodismo escrito y de la literatura en esta provincia.

Mujer en las letras

Leonor, dijeron quienes la conocieron y quisieron, escribía apretado, chiquito y constante con fuerza en sus palabras, clara, insinuante, desafiante. Escribió sabiéndose mujer despojada de los prejuicios, con conciencia de género. Se animó a cuestionar la moral de la época y se dijo, que, junto a Buffo, habían logrado construir un universo a contramano del mundo de aquel tiempo. La otra Leo cordobesa fue clasificada como una escritora a la altura de otras como Juana Manuela Gorriti o Raquel Camaña. Su terreno de estudio,

investigación y escritura fue el de la cultura y el arte, la filosofía y la prehistoria, pero un lugar grande lo ocupó su actividad espiritual. Se destacó de ella su facilidad para hablar y expresar ideas y juicios propios, que para aquellos años era todo un desafío para una mujer; comenzaban en estas tierras las luchas de las primeras feministas anarquistas que allanaron el camino para la consecución y el ejercicio de derechos. El temperamento de

» Pensar en las huellas difusas, escondidas de las mujeres que escribieron, es confirmar que hubo otra historia del periodismo escrito y de la literatura en esta provincia.

Leonor podría haberse igualado al de aquellas primeras luchadoras. Ella la luchó a su modo en esta mediterránea provincia, desde las letras y su propio esposo escribió sobre ella: 'No es extraño que algunos de sus contemporáneos (...) digan de ella: era una gran compañera, sencilla, franca, liberalísima, independiente; y que otros digan asimismo: era reservada, altiva y batalladora, difícil de tratar pues no concedía tregua en el análisis de hechos y cosas que daban motivo a discusiones filosóficas, artísticas o políticas. Es que era incapaz de pasar por alto las debilidades o los impulsos que no respondieron a ideales y propósitos que no estuviesen muy por encima de toda vulgaridad'.

En 1907, antes de conocer a quien la acompañara en su joven vida, Guido Buffo, Leonor Allende publicó a sus 24 años su primera novela *Flavio Solarí*, en 1907: una historia de amor en la Córdoba serrana de esos tiempos. Pocos años después, en 1912, publicó *Don Juan Ramón Zeballos*, 'la historia de un vizconde con poco honor, un sinnúmero de amores que por fuerza de corazón venció y no fue vencido'¹. Entre 1912 y 1916, Leonor dedicó su escritura a leyendas de la América precolombina que terminó siendo "El nobilísimo señor de Ollantaytambo, Príncipe de Chimu y su amor"

una tragedia en cuatro jornadas. Más tarde, en la posguerra, escribiría *La llama* en 1923, una de sus obras más finas desenvuelta en la Córdoba moderna.

Más tarde llegaría *El misterio de Ur* escrito en 1926, y publicado recién en el 47, con interpretaciones del propio Buffo y que se reeditara en 2010 en Unquillo. Tras su muerte, se encontraron notas sobre sus meditaciones con sus pensamientos y que Buffo editara con el nombre *Libro de los cielos*, publicado en 1943.

Sus tiempos, otros tiempos

En 1910, dicen, Leonor Allende se cruzó casi de casualidad con Guido Buffo, quien resguardándose de una intensa lluvia pidió asilo bajo el techo de la redacción donde Leonor trabajaba. Guido acababa de llegar de Italia y dedicó algunos años a la docencia en la Escuela Olmos, y continuó profundizando sus saberes en filosofía, pintura, música, astronomía y metafísica. Se casaron en 1914 y tres años más tarde nació Eleonora Buffo Allende, su única hija. A Leonor la maternidad la determinó en su vida profesional; le llegaron sus años de postergación del oficio para entregarse al amor y cuidado de su hija. Los tiempos de la maternidad suelen modificar el juego porque, como a Leonor, los tiempos propios fueron transformados por los ajenos. Una nueva página comenzaba a escribirse en la vida de Leonor con el nacimiento de Eleonora.

Leonor escribía con frecuencia cartas a su esposo y en las referidas al nacimiento de su hija dijo: "(...) Nosotros habremos descuidado el vil interés; pero hemos hecho una obra mil veces más valiosa atendiendo a nuestra hija antes que a todo".

Así y todo Leonor Allende, esposa y madre, siguió escribiendo y con ello, dejó su huella en las márgenes de la historia de la literatura argentina que por entonces, debatía la política, la estética y la cultura centenaria. Fue de las primeras en Córdoba que militó y ejerció activamente el periodismo, hasta cobrando un salario por ello.

Leonor complementó minuciosamente el ejercicio de la maternidad, el amor infinito y recíproco hacia su esposo Guido, con sus días de lectura, escritura y permanente formación y producción literaria. Dijo Buffo sobre ella: 'Leonor solía estar y conducirse por encima de todo prejuicio. Pero no hacía concesión de ninguna índole en lo referente a la propia conducta'.

Su heredera, también entró en el mundo de las letras y escribió dos libros de poemas: *Maravillosa aurora* y *Como la flor del aire*. A Leonor la detuvo a los 48 la tuberculosis. Duerme su sueño eterno en las Sierras Chicas de Córdoba, junto a los restos de su hija, quien falleciera a los 24 años también por tuberculosis y a los de Guido Buffo, en la capilla que este construyera.

Un año después de su muerte, en un homenaje que publicara *La Voz del Interior* se escribió: *Hoy se cumple el primer aniversario de la muerte de Leonor Allende de Buffo, la más interesante y completa, acaso la única personalidad notable de escritora que haya producido Córdoba*. Tal vez hayan tenido razón. ○

*Periodista

¹ *El misterio de Ur* (Novela fantástica). Fisonomía de la autora y páginas selectas de algunos de sus libros, por Guido Buffo. 11 de abril de 1947.



“Las tensiones que nos atraviesan son la sabia vital de la política”

Invitado por la Facultad de Filosofía y Humanidades de la UNC, Eduardo Rinesi arribó a la provincia el pasado 15 de mayo, para participar de dos charlas en la Ciudad Universitaria. El actual rector de la bonaerense Universidad Nacional de General Sarmiento aceptó el convite de DEODORO y se sentó a conversar por un largo rato en el bar del Pabellón Argentina.

Mariano Pacheco*

Rinesi, quien formó parte de la legendaria revista porteña *El Ojo Mochó*, junto con Horacio González – a quien reconoce como uno de sus maestros – y María Pía López, entre otros, escribió dos libros fundamentales para cualquiera que hoy quiera pensar críticamente la realidad nacional y latinoamericana: *Política y tragedia. Hamlet, de Hobbes a Maquiavelo* (Colihue, 2003) y *Las máscaras de Jano. Notas sobre el drama de la historia* (Gorla, 2009). Si en el primero se detuvo en la tragedia como género literario, pero también como pensamiento conflictivo a partir del cual poder reflexionar en torno a los problemas centrales de la filosofía política, en el segundo volverá sobre el teatro clásico y la filosofía hobbesiana, pero sólo para dar cuenta de ese otro gran tema filosófico, político, literario: la comedia. Inspirado un poco en la lectura de ambos libros este cronista incita a su autor a que convide algunas de sus reflexiones sobre el rol del Estado en la Argentina contemporánea. Frente al grabador encendido, Rinesi comienza a hablar:

“La ciencia política más convencional, tal como se practica hoy en día en nuestro país, se está mostrando particularmente inepta para dar cuenta del lugar central que tienen las tensiones que nos atraviesan como sociedad. Lejos de pensar a las tensiones como algo que está mal, como síntoma de que algo no está bien, tiendo a pensarlas como la sabia vital de la política. Eso, por supuesto, ya estaba presente en autores como Maquiavelo. El conflicto entonces no es el problema, sino la materia misma de la política. Ahora bien, durante muchos años pensamos las tensiones en el plano del antagonismo entre movimientos sociales y vida estatal. Y por supuesto que hay allí tensiones en

esa polaridad. Pero hay una novedad interesante que está aconteciendo en Argentina, y también en varios países de América Latina, y es que se están invirtiendo los modos en que tradicionalmente se ha pensado esa tensión. Tendíamos a imaginar

» Yo sigo creyendo que la historia es la historia de esa tensión entre lo nuevo que nace y las fuerzas que lo sofocan.

que en la sociedad civil anidaban las fuerzas de la emancipación, de la libertad, de la revolución, en fin, del poder instituyente como lo supo plantear Tony Negri. Y que el Estado era esa maquinaria instituida que aplastaba, congelaba, sepultaba, cosificaba, institucionalizaba. El pueblo era el polo activo de esa relación. Eso, por supuesto, es también todo el pensamiento clásico, marxista o no: las libertades o las fuerzas productivas, la comunidad o los movimientos sociales frente al Estado. Y por ejemplo, Jorge Alemán ha llegado a plantear que hasta la teoría de Ernesto Laclau, inclusive, cae en esta mirada, que piensa que el polo activo está en la sociedad civil, y la articulación, la construcción hegemónica es la que se produce en el Estado.

“Yo creo que hoy podemos ver, que en la mayoría de los casos, es el Estado – la cima del Estado y no sus burocracias – el que da un mayor impulso en pos de la libertad y de mayor justicia social. Yo por eso hablo un poco ligeramente de ‘jacobinismo’. Y ahí uno se pregunta: ¿dónde están los poderes instituyentes? Porque hoy

suele suceder que en la sociedad civil anidan las fuerzas más conservadoras. No es que no hayamos aprendido mucho de esa contraposición entre poder constituyente y poder constituido. Y yo sigo creyendo que la historia es la historia de esa tensión entre lo nuevo que nace y las fuerzas que lo sofocan. Pero digo: ¿no deberíamos aceptar hoy, que por lo menos una parte importante de las fuerzas instituyentes, de las nuevas situaciones, las nuevas justicias, los nuevos derechos y maneras de pensar están en el Estado y no en la sociedad civil, y que por el contrario, las fuerzas más reactivas, menos proclives a los cambios están presentes en esa sociedad civil? Es interesante para pensar. No sé si será una anomalía, que marca un nuevo tiempo en la Argentina, entre Estado y sociedad civil, o una rareza de este tiempo que vive el país. Pero al menos es una rareza interesante. De todos modos, no es esa sola la única tensión, está claro: hay conflictos de clase, y de todo tipo en el seno de la sociedad”.

Rinesi hace una pausa. Se queda pensando, mirando quién sabe a dónde. Este cronista aprovecha el silencio y agrega si no habría que pensar en que también el mismo Estado está atravesado por toda esa serie de tensiones.

“Por supuesto – agrega él – hoy existen una gran cantidad de temas fundamentales en la Argentina que están teniendo su lugar de debate en el mismo Estado. Para ser claros: el mismo Estado que, con sus máximos dirigentes a la cabeza, hoy está garantizando una serie de derechos fundamentales, es el mismo Estado que sigue torturando chicos en las comisarias, y sigue violando sistemáticamente los derechos humanos más elementales. Si uno no tiene una teoría compleja del Estado, o piensa que el Estado es una cosa monolítica, ¿cómo se entiende todo esto? No se entiende. Y es por eso que queda claro que nuestras ciencias sociales no han desarrollado, en los últimos años, una teoría compleja de Estado como la que hoy necesitamos para pensar. Sino no se puede no dar cuenta que, a la vez que hay fiscales que activan contra la violencia institucional, también están las policías provinciales que han protagonizado los recientes acontecimientos de público conocimiento. El problema es si no entendemos que todo eso pasa a la vez.

“En mi caso, hay dos filósofas norteamericanas que me han ayudado a pensar gran parte de estos temas. Una es Judith Butler, que escribió *La precariedad de la vida*, y la otra es Martha Nussbaum, que tiene un libro que me gusta mucho, titulado *La fragilidad del bien*, donde plantea la idea del bien en la tragedia y en la filosofía griegas, y cuya tesis es, para decirlo rápidamente, que el bien es tal porque precisamente es frágil. Incluso en Platón, dice – derribando de paso las lecturas facilongas que se tienen de este autor – lo bueno es bueno precisamente porque es frágil. Y si uno acepta eso, si uno asume, como me gusta decir, convivir con el carácter trágico de la vida, tiene que saber que la vida misma es insegura”.

La tragedia y la comedia son elementos recurrentes en la obra del autor, tanto cuando escribe como cuando brinda una conferencia, o conversa en una entrevista, como en este caso. Siempre, eso sí, Rinesi va a los clásicos desde una perspectiva particular: no para descubrir en ellos verdades ocultas (y revelarlas), sino porque como agudo lector y ensayista audaz, se permite ser trabajado por las obras a la vez que trabaja sobre ellas. Seguramente por eso, en sus libros y en sus charlas, la literatura aparece en un lugar destacado. No como un auxiliar de la filosofía y la política, sino como su arcilla fundamental, que permite pensar las tensiones vivas de la escena política contemporánea. ○

*Periodista



Fotografía: Laura Lorenzini

Siempre con el otro

La Milonga es ese espacio en el tiempo que permite disfrutar del arte del tango en todas sus formas: la danza, la música, la poesía y el canto. La UNC tiene programados para este año seis encuentros, todos con música en vivo y clases de tango con la intención de abrir un nuevo espacio a esta múltiple expresión.

20

DANZA

Romina Gauna Di Mauro*

El tango es, esencialmente, una expresión artística de fusión. De naturaleza urbana y raíz arrabalera, este género responde al proceso histórico de la inmigración mayoritariamente europea, que reconstruyó las sociedades rioplatenses desde 1880, y que ha ido desparramándose por el sur de América y el mundo.

La música tanguera dibuja semejanzas a la clásica. Su belleza y su complejidad implican una interpretación meticulosa de su armonía, en una búsqueda de la perfección que atiende a la estética y a la preparación, y que pareciera a su vez, alejarla de su cepa eminentemente popular y de sus estigmas de tugurio y cabaret.

Sin embargo, es el ámbito que lo envuelve lo que hace en sí mismo un referente de la cultura popular. Si bien ha sido durante mucho tiempo tomado por las elites, su nacimiento y esencia se rebelan desde las clases más populares, expresando y combatiendo de cierta forma esa melancolía misma que da la vida.

En su danza el tango no puede inventarse en el momento solo siguiendo el ritmo, no tiene permiso al desorden. Hay que saber bailar, hay que acomodarse en la unión con el otro. No hay momentos de individualidad. Implica un encuentro desde lo esencialmente humano y se baila como un lenguaje corporal intenso que transmite infinidad de emociones.

El baile tanguero está construido sobre tres componentes básicos: el abrazo, el paso lento

al caminar y la naturalidad. No hay ninguna otra danza que conecte más íntimamente a dos personas emocional y físicamente.

En su poesía, las letras se suceden unas a otras dando un espacio privilegiado al lunfardo. Las temáticas se motivan entre el desengaño amoroso que desenmascara sentimientos profundos de despecho y soledad, y el destructivo efecto del paso del tiempo en las cosas, las relaciones, y la vida misma. Sin embargo, hay muchos artistas que reinventan este género, no solo fusionando su base musical con otros ritmos, sino también modificando los enfoques poéticos clásicos.

Milonga y Universidad

El tango, es el único género musical que posee reconocimientos a nivel mundial. En 2009 fue declarado Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad por la Unesco, y un año después se lo declaró "Embajador de la Marca País en el Mundo". Desde 1977, cada 11 de diciembre se festeja el "Día Nacional del tango". Sin embargo, el tango no ha tenido cabida en los ámbitos educativos formales, ni un espacio dentro de los programas sistemáticos de estudio. El tango es una parte ineludible del acervo cultural argentino. Es una expresión cultural autóctona y original que tendría que tener un espacio dentro de los conocimientos que se

imparten desde las instituciones educativas de los distintos niveles para asegurar la protección de su identidad y la transmisión de su saber. En esa premisa reside parte de la importancia de mezclar el tango con la universidad. Crear desde adentro un ámbito de pleno disfrute, donde la comunidad tanguera encuentre el espacio propicio para dar rienda suelta a sus deseos más pasionales. La Universidad se abre para sumar otra enseñanza. La posibilidad de aprenderlo desde un lugar recreativo.

Hay un lugar para pulir el piso con la cadencia de un paso mancomunado. Hay tiempo de darse al abrazo que sostiene o enredar una cintura dispuesta. Es ahí, en ese instante de encuentro, que el perfume encanta y juega su mejor carta: la entrega.

El folclore de la preparación previa es fundamental. Saberse acompañado en el aprendizaje de los primeros pasos cuando nunca se ha bailado. Enseñar a sentir la música en el cuerpo mientras se conoce simultáneamente al otro. Siempre con el otro.

Mover lentamente los pies, paso a paso enredado por una superficie cuadriculada, blanca y negra como un tablero de ajedrez, donde hay que saber mover una a una cada pieza. Dejarse llevar por acordes cercanos y cálidos, por una voz que canta casi al oído, por los músicos palpitando desde el escenario a sabiendas que en ellos se cumple el título de aquella canción de Horacio Aguirre y Hugo Alarcón: *El que toca nunca baila*. Sentirse en medio de una pista que acondiciona las luces bajas, el sonido cerquita para sentir los graves retumbar en el cuerpo, las mesas que rodean como espectadoras, y el vino ya descorchado en la copa.

Hay una mezcla linda de gente. Grandes trabajadores de la música ciudadana son homenajeados y obtienen un reconocimiento a su labor. Bailarines de otros escondidos espacios se acercan a probar nuevas parejas y nuevos platos. Tímidos principiantes se animan a milongear por vez primera. La edad no es un limitante posible. Adultos y jóvenes comparten fragmentos de suelo entre vuelta y vuelta.

Se dice de él...

Se dice que cuando una persona entra en el mundo del tango, difícilmente lo deje. Es adictivo. Y si lo hace, seguramente volverá muy pronto. Cuando el tango se encarna en sentimiento se vuelve sanador. En el intercambio pueden ocurrir cosas maravillosas.

Se dice que cada desplazamiento, cada sostén, cada postura, ayuda a mejorar la movilidad, el equilibrio, la capacidad aeróbica, y la coordinación. El bailar tango levanta al perezoso, enseña destreza y buenos modales, pero por sobre todas las cosas, engaña a la soledad.

Se dice, que su danza es absolutamente vivencial. Que no necesita de cognitivismo. Que es, entregarse a un abrazo y empezar juntos a caminar.

Se dice que no hay en el tango lugar para las etiquetas. Que no importa la vestimenta que defina a una persona diariamente. En la milonga se puede dejar en el guardarropa las prendas cotidianas y armar el vestuario tanguero: lustrar los zapatos, planchar las camisas, peinarse al costado, y salir a disfrutar.

Hoy el tango ofrece un abanico de posibilidades de todas las formas y colores para que cada uno elija cómo armar el rompecabezas, y disponga a gusto y *piacere* del mejor traje. ○

*Comunicadora social



Hijos del desarraigo

Se presentó en el Espacio Máscara la obra de teatro *Hija de un viaje*, construida como una versión libre sobre textos de María Teresa Andruetto. Dirigida por Cristian "Teti" Cavo, la obra habla del viaje, pero también del desarraigo.

María Belén Pistone*

La mayoría de las familias argentinas son descendientes de inmigrantes que creyeron en América como un lugar en donde se podía ser feliz, o libres, o por lo menos en donde se podía estar seguro, lejos de hambres históricos y guerras por todos conocidos. Es innegable que, además del miedo y el desarraigo silencioso que ya se les iba bordando en los pañuelos sacudidos en el puerto, también los movía la alegría de lo nuevo, la esperanza del progreso, la oportunidad de la oportunidad. La América... hacernos la América. La mayoría de los árabes a Santiago del Estero y el norte, los italianos en torno a las tierras fértiles del centro del país y la pampa, en zonas montañosas los alemanes, en todas las provincias japoneses, coreanos, chinos, y españoles. Así es que la mayoría de las familias argentinas completan sus mesas con comidas y costumbres acuñadas del otro lado del mar. Pero las costumbres no llegaron ni ilesas ni puras, sino teñidas con ese acontecimiento que va a signar fundamentalmente la vida de nuestra cultura nacional: el viaje. Así parece expresarlo Andruetto, en una entrevista realizada por el director Cristian Cavo, cuando dice que, como consecuencia de la migración de su padre italiano hacia nuestras tierras, ella se siente hija de un viaje. Nombre que toma como título el espectáculo de Cavo basado en textos de la autora: "Hija de un viaje".

+ info

"Hija de un viaje" de Ocatarinetta Teatro
Actúan: Micaela Franchino y Mariana Caballero / Diseño escenotécnico: Jimena Brunetti / Dirección y Puesta en escena: Cristian Teti Cavo / Diseño de multimedia: Amaru Producciones. Luego de estar dos meses en Espacio Máscara seguirán en Villa Allende el 7 y 14 de junio en la Sala Mandarino.

Y es que son palabras de una simpleza y de una lucidez enormes. Soy de San Francisco (Cba.) y tuve la oportunidad de viajar al Piemonte (Italia), zona de donde provienen la mayoría de los inmigrantes que fundaron mi ciudad y sus alrededores. Recorrí sus pueblos durante 15 días y el descubrimiento fue inesperado. Entendí a mi gente, la limpieza de las calles, las mezquindades y la enorme cultura del esfuerzo y la agricultura, entendí los insultos (el piemontés es un gran blasfemo) y yo misma lo soy en ese dialecto lejano y casi olvidado por los mismos italianos. Me impresionó visitar cementerios en donde poquísimos nombres me eran lejanos, todos mis vecinos tenían muertos olvidados en esos cementerios del norte italiano. Pero hubo algo que además de sorprenderme me produjo una congoja ancestral. Me hice unos amigos, unos chicos que me llevaron de travesía por la montaña, desde Pinerolo hasta un refugio de principio del siglo XVIII, a donde llegan caminantes y turistas en busca del almuerzo. Nos sentamos en una mesa de madera, pedimos fiambres típicos, polenta, salsa, queso y vino en jarra. Nos devoramos todo, yo me sentía en mi casa... hasta que comenzaron a cantar. Con volúmenes fortísimos y, aunque varones, con tonos agudos, cantaban y se reían. Los temas contaban historias de la zona, de mujeres, de niños, eran canciones festivas y también bromistas... y eso hizo toda la diferencia. Ellos no son hijos de un viaje como somos la mayoría de nosotros. Los piemonteses en Córdoba no son alegres. Trajeron la polenta, el queso, el gusto por el vino, la habilidad para las conservas y los fiambres, sus técnicas de siembra, pero la llanura (a la mayoría) les calló las canciones. El "viaje", entonces, se volvió la experiencia fundamental, el momento de ruptura, la aparición de heridas adobadas en agua de mar con las que luego se fundarían también nuestros pueblos. El desarraigo parecería ser entonces el verdadero país de donde vienen casi todas nuestras familias. Así como los que viajaron imaginaban y se ilusionaban con la América que los esperaba, también nosotros estamos siempre imaginando paisajes, que quizá

jamás conoceremos. Países lejanos que ya no nos esperan, geografías melancólicamente inmersas en cada palabra, en cada casa nuestra. Sensaciones ya sin recuerdos precisos, sensaciones heredadas, como bordadas en los pañuelos que nuestros nonos sacudieron en sus puertos de partida.

En su espectáculo Cavo retrata la punta del iceberg en la voz de dos hermanas. El momento de la idea: partir. Emma está eufórica por el viaje que emprenderá, es pura algarabía, esperanza, ebullición; ella sueña con irse, con radicarse en otra tierra. Julia, en cambio, es el miedo a lo nuevo, la prudencia, es esa que amante de su propio mundo (aunque pequeño) piensa que el de ella es un buen lugar para vivir, que se está muy bien entre su hamaca y su ventana, que su patio, el de su madre, es un buen sitio para envejecer. La puesta trenza diferentes códigos: actuación, teatro de títeres, narración oral y proyecciones tanto filmicas como fotográficas. Por momentos las mismas actrices parecen ser muñequitas que abren y cierran compartimentos de un retablo. La puesta es como una cajita de música en donde dos niñas se hacen grandes y diminutas en la articulación de una escenografía que todo el tiempo funciona como un juguete impredecible.

Según nos explica su director el trabajo dramaturgico comenzó con múltiples lecturas de los textos de María Teresa Andruetto. Paralelamente se diseñó una entrevista que se realizó de manera personal a la prestigiosa autora, ya que "...sabíamos que esta obra, además de una puesta teatral a través de sus libros, era un homenaje a ella".

Con este fin el equipo tomó diez libros diferentes. Algunos de ellos son: *Solgo*, *El anillo encantado*, *Stefano*, *Lengua madre*, *Kodak*, *El árbol de lilas*, *La niña, el corazón y la casa*. En palabras de Cavo: "De las lecturas y la entrevista salieron comunes denominadores, la fuerte identidad y la lucha de los personajes de sus textos, la búsqueda de la realización personal, la fidelidad a los deseos y convicciones, el amor y el desarraigo. Paralelamente se trabaja con ensayos e improvisaciones libres, con el objetivo de encontrar la resonancia de los textos en nuestra propia historia y bibliografía humana. Así se van incorporando fragmentos y textos de la autora. Queríamos no solo rescatar la profundidad de sus textos sino también las ilustraciones de sus libros, y nos inspiramos en la ilustración de *Solgo*. A partir de esto me tomé el atrevimiento de escribir algunos textos propios para usarlos como conectores, para unificar el relato de la atemporalidad. Los personajes fueron creciendo a través de los ensayos y una vez que empezaron a tener vida, se releeron los libros para encontrar qué textos dirían Julia o Emma (la hermanas protagonistas de nuestro espectáculo)". ●

*Lic. en teatro. Actriz y directora

Salir a conmove

Un recorrido por el cine cordobés –en plena luna de miel– permite sentarse a ver qué hay detrás de la importante atención que captó, principalmente en el circuito festivalero, la producción local. ¿Por qué los cineastas de Córdoba no filman su ciudad? ¿Hay una estética común? Es el momento justo para darle un vistazo a nuestro cine más reciente.

Santiago González Cragolin*

Al hablar con cualquier persona que esté relacionada al ámbito del cine local, uno descubre que está charlando con un aspirante a director o un potencial productor: todos están seducidos por la posibilidad real de hacer una película y el entusiasmo parece ser la regla general. El cine cordobés está en su etapa de luna de miel, digamos. El entusiasmo no es gratuito: se produce más que nunca, muchos proyectos consiguen el aval y fondos del Instituto Nacional de Cine y Artes Audiovisuales (INCAA), y las películas son seleccionadas por festivales internacionales importantes.

El Festival de Cine como institución cimienta su prestigio recolectando ávidamente capital simbólico, en la forma de descubrimientos y estrenos, y puede hacer propio el valor de todo aquello que pueda presentar como nuevo y original. Nuestro cine tiene algo de novedoso e incluso marketinero en el contexto nacional y este año el BAFICI fue el que se encargó de cosechar esa siembra: se presentaron en el festival porteño nada menos que nueve producciones cordobesas.

Ante tanto entusiasmo y tanto revuelo es conveniente tomar un poco de distancia y comenzar a pensar qué se hace en términos de cine en Córdoba a nivel global, hacer un recorte para empezar a articular elementos y de esa forma acompañar reflexionando al cine cordobés.

Para empezar a hablar de nuestro cine es importante tener en cuenta que no hay una estética definida que hermane a las películas. Como decía Rosendo Ruiz, director de *De caravana* y *Tres D*, en una entrevista para esta misma revista, el cine cordobés no es un movimiento estético sino un movimiento de producción. Las películas cordobesas, desde lo formal, no suponen una ruptura con el cine nacional.

Si uno se propone buscar enlaces en la última camada de películas, la que participó en BAFICI, lo que primero salta a la vista es que la mayoría toma distancia de nuestra ciudad. Es el caso de *Atlántida*, de Inés Barrionuevo y *Ciencias Naturales* de Matías Lucchesi, ambas de próximo estreno, y que coinciden en que transcurren en pueblos rurales de la provincia. Es el caso también de los cortos: *Hilda* de Daniela Goides, se construye en torno a una entrevista a la hija de un jerarca nazi que se refugió en La Cumbrecita, y *Backwards* de Ana Apontes y Sol Muñoz cuenta

el misterioso encuentro entre una niña y un joven en San Clemente del Tuyú.

Otra localidad retratada es Bell Ville, en *Escuela de Sordos* de Ada Frontini. El documental sigue la tarea de Alejandra, fundadora y maestra de la escuela del título y su interacción fuera del trabajo con sus alumnos y amigos miembros de la comunidad sorda. Observar escenas completas en las que los protagonistas se comunican exclusivamente en lenguaje de señas da el gusto de ver algo distinto en el cine, de permitir al espectador correrse de la experiencia transitada por millonésima vez en pantalla. Esto no se hace con hambre de distinción sino que es el testimonio de una realidad con la que muchos no lidiamos pero que configura el mundo de muchos otros. La posibilidad de tender un puente, acercarnos a una experiencia escondida es algo que se olvidan muchos que hacen cine. La que no olvida es Frontini y su registro imita el trabajo de Alejandra: es didáctico sin ser friamente científico, es respetuoso, cálido y marcado por la entrega a los demás.

» Como decía Rosendo Ruiz, director de *De caravana* y *Tres D*, en una entrevista para esta misma revista, el cine cordobés no es un movimiento estético sino un movimiento de producción. Las películas cordobesas, desde lo formal, no suponen una ruptura con el cine nacional.

En *Tres D*, Rosendo Ruiz se traslada de la ciudad capital a Cosquín y usa los días en los que tuvo lugar el FICIC 2013 para hacer un bello homenaje a los festivales como espacio de encuentro; a los colegas que inspiran a seguir filmando, y a las personas que viven el cine casi como un acto amoroso. *Tres D* es una comedia de encuentros y desencuentros entre un puñado de personajes que acude al festival, dispositivo narrativo que le permite incorporar de forma orgánica entrevistas reales y fragmentos de películas, sin caer en la trillada reflexión en torno al límite entre el documental y la ficción, más bien asumiendo esa dicotomía como un sinsentido.

Para continuar la tendencia silvestre del cine cordobés, *La laguna* de Gastón Bottaro y

Luciano Juncos se filmó enteramente en las sierras. *La laguna* cuenta el viaje de un tipo de ciudad y su baqueano guía en búsqueda de una laguna en medio de las montañas que tendría poderes curativos y es la película que da mayor importancia al paisaje serrano: su búsqueda de inmersión sensorial en el entorno tiene tanta relevancia que la montaña prácticamente se convierte en protagonista de la película.

Volviendo a la urbe, tanto *El último verano* de Leandro Naranjo como *El Tercero* de Rodrigo Guerrero fueron filmadas en Córdoba, pero cuentan historias entre cuatro paredes. *El último verano* es un retrato generacional que cuenta una noche de reencuentro de un chico y una chica de veintipico. Enfocado en las vicisitudes amorosas de los protagonistas, la película se agota en su encierro, en la clausura en el mundo acotado de estos dos personajes. Durante la mayor parte de su metraje *El tercero* corre la misma suerte. La película de Guerrero cuenta también una sola noche, durante la cual una pareja gay recibe en su casa a otro hombre, menor que ellos, que conocieron por chat con la idea de hacer un trío. Durante la cena comienza a vislumbrarse que hay problemas en la pareja y todo parece diluirse en la anécdota, sin embargo cuando los tres hombres pasan al dormitorio la película trasciende el drama doméstico y descubre su verdadero valor. La secuencia que sigue se compone de unos pocos planos, extensos, realistas, explícitos y tienen el gran mérito de hacer aquello que propone el francés Alain Guiraudie, autor de uno de los estrenos más importantes de este año, *El desconocido del lago*: desvincular la representación del sexo explícito de la pornografía. Por esta política de las imágenes libertaria respecto al consumo, es una película lúcida y es un acto de valentía en una ciudad demasiado tendiente al conservadurismo.

Repasando este recorrido por el cine cordobés último modelo asombra entonces la falta de voluntad urbana. ¿Por qué los cineastas de Córdoba no filman su ciudad? Se extraña eso que parecía tan fresco en esa película clave que fue *De Caravana*: una mirada puesta en espacios transitados cotidianamente pero que explota la potencialidad del cine de desnaturalizar el paisaje gracias a la subjetividad cinematográfica. Eso que ocurre en una película abierta al mundo, dispuesta a tomar la cámara y a salir a conmove un poco la mirada adormilada de la costumbre y la rutina.

Es bueno que se produzca más y que en el balance queden películas valiosas como *Tres D*, *Escuela de sordos* o *El tercero*, pero falta en nuestro cine un poco de disconformidad, un poco de violencia y garra, acompañada de inventiva formal. No se pretende aquí sacar el recetario y hacer una prescripción estética ni temática, pero parece que el momento actual se presta a pedir un poco más. Es el momento justo para que los cineastas de Córdoba empiecen a problematizar un poco la ciudad de su cine y el cine de su ciudad, en un vínculo casi simbiótico. Ya se consiguió una buena dosis de atención, es seguramente el momento de provocar un poco a los amigos, a los colegas, a los desconocidos, a los vecinos en el lenguaje tan caro a nuestros funcionarios. Es la oportunidad perfecta para problematizar e interpelar a los ciudadanos/espectadores, a los de acá y a los de afuera que se acercan a ver qué pasa allá en esa pequeña ciudad argentina llamada Córdoba. ●

580

UNIVERSIDAD

Tu propia voz



CRISTIAN MALDONADO
NADA DEL OTRO MUNDO
Lunes a viernes de 16 a 18.30 hs.

MARIO PENSAVALLE
CARA Y CRUZ
Lunes a viernes de 6 a 9 hs.

CESAR BARRACO
MIRA QUIEN HABLA
Lunes a viernes de 9 a 13 hs.

MAX DELUPI
QUE PRETENDE UD DE MI
Lunes a viernes de 13 a 16 hs.

CALIDAD TRANSPARENCIA EFICIENCIA COMPROMISO

Somos un Laboratorio Farmacéutico público sin fines de lucro, con un fuerte compromiso social y con el orgullo de pertenecer a la Universidad Nacional de Córdoba.
Desarrollamos, producimos y distribuimos medicamentos y productos médicos con el respaldo de **50 AÑOS DE EXPERIENCIA.**



PLANTA INDUSTRIAL Y ADMINISTRACIÓN CENTRAL

Av. Valparaíso s/n Ciudad Universitaria. X5000HRA - Córdoba - Argentina
Tel: (54 351) 433 4122/23 Fax: (54 351) 433 4124
laboratorio@hemo.unc.edu.ar - www.unc-hemoderivados.com.ar

REPRESENTACIÓN BUENOS AIRES

Paraná 777, piso 11° Dpto "A". C1017AAO - Capital Federal - Argentina
Tel/Fax: (54 11) 4375 2751 / 4374 9311